

LA NOVELA
TEATRAL

EL REY QUE RABIO
Zarzuela en tres actos
Lamas Carrión y Vital Aza

20 cts.

LUISA G. CALDERÓN

Tovar
1919.

G-F- 3379

Inches

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 8

Centimetres

TIFFEN Color Control Patches

© The Tiffen Company, 2007

Blue

Cyan

Green

Yellow

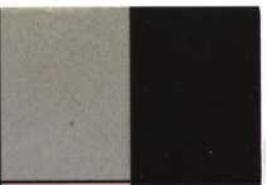
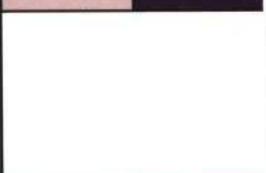
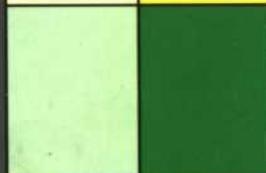
Red

Magenta

White

3/Color

Black



HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS, 10
ZARAGOZA

éxito logrado por nuestros últimos números extraordinarios—

Los sobrinos del Capitán Grant, Tierra baja, etc. — nos estimulan a lanzar a la publicidad dos obras que por su fuerza cómica y su popularidad suscitarán aún más vivamente el interés de nuestros numerosos lectores:

El Rey que rabió ZARAGÜETA

de que son autores los célebres comediógrafos

RAMOS CARRIÓN
VITAL AZA

Estas obras, por haberse representado en toda España, por todas las Compañías, y hecho centenarias en los carteles, esperamos sean acogidas muy favorablemente por nuestros lectores.

EL REY QUE RABIÓ

ZARZUELA CÓMICA EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS EN OCHO CUADROS, ORIGINAL DE

Miguel Ramos Carrión y Vital Aza

PERSONAJES

EL REY. - ROSA. - MARIA. - EL GENERAL. - JEREMIAS. - EL ALMIRANTE. - EL INTENDENTE. - EL GOBERNADOR. - UN CAPITAN. - UN OFICIAL. - JUAN. - ALCALDE. - PAJE 1.º - IDEM 2.º - IDEM 3.º - IDEM 4.º - IDEM 5.º - ALDEANO 1.º - IDEM 2.º - LORENZO. - SOLDADO 1.º - IDEM 2.º - IDEM 3.º - IDEM 4.º - CORNETA. - CENTINELA. - UN CORTESANO

Damas, caballeros, aldeanos, soldados, reclutas, segadores, pajes, doctores, embajadores, guardias de Palacio. - Coro general. - Banda militar

ACTO PRIMERO

Salón de Palacio. Puertas laterales. Al foro gran rompimiento que da vista al jardín. Este rompimiento se cerrará luego con grandes tapices. Cortesanos y damas

MÚSICA

(Oyense tres cañonazos cercanos. Repique de campanas.)

CORT. (Por derecha e izquierda.)
Al monarca esperaremos,
que muy pronto llegará;
el cañón y las campanas
su regreso anuncian ya.
Dispongámonos humildes
en solemne recepción
a ofrecerle el homenaje
de respeto y adhesión.
(Otros tres cañonazos.)

DAMAS. (Por el foro.)
Esperemos al monarca,
que muy pronto va a llegar;
con la nuestra hoy hace coro
la alegría popular.
Dispongámonos humildes
en solemne recepción
a ofrecerle el homenaje
de respeto y adhesión.

Dichos y el Intendente, por la derecha

IVT. Señoras... Señores...
TODOS. Señor Intendente...
NT. El rey se aproxima,
le aclama la gente.
Todo es regocijo
en la capital;
que reflejen nuestros rostros
la alegría general.

CORO. Que no halle el monarca
ni asomo de ceño,
que nuestro semblante
se muestre risueño;
este regocijo
no será oficial,
pues sentimos en el pecho

la alegría general.

(Cañonazos y música militar, que se va acercando. Vivas y aclamaciones. El coro se dirige hacia el foro formando dos filas.)

DAMAS. ¡Vamos allá!
CORT. ¡Ya vienen ahí!
DAMAS. ¡Cuánta ovación!
CORT. ¡Qué frenesí!
TODOS. ¡Un triunfo igual
nunca se vió!
¡Vitor al Rey,
que al fin llegó!

HIMNO

(Entran ocho granaderos que se sitúan en el foro a los lados. La banda militar al centro.)

¡Viva el rey, viva el rey,
que es amparo de la ley!
Con ardiente fervor
quiere el pueblo a su señor.
Y él adora a su grey.
¡Viva el rey! ¡Viva el rey!

Dichos, el Rey, el General, el Gobernador y el Almirante.

CORO. Bien venido sea
nuestro soberano,
que con él la corte
vuelve a su esplendor;
séa bien venido;
todo cortesano
hoy le da rendido
pruebas de su amor.
REY. ¡Cuánto el alma se recrea
al hallar felicidad
en la villa y en la aldea,
en el campo y la ciudad!
En palacios y cuarteles
sólo aplausos recibí
y cargado de laureles



R. 51350

Tit. 59354

C.B. 1083630

satisfecho vuelvo aquí.

Subordinada
vi a la milicia
e incorruptible
a la justicia.
Gástense en obras
los capitales,
gana el obrero
buenos jornales.
Las ciencias brillan
por su adelanto,
y las escuelas
son un encanto.
Parece un sueño
ventura tal.
No hay en todo el mundo
otro pueblo igual.
Parece un sueño, etc.

CORO. Parece un sueño, etc.

REY. De mi extensa monarquía,
los estados recorrí:
todo es gozo y alegría,
y entusiasmo por ahí.
Como página de gloria
que otro rey no alcanzará.

Rey, General, Gobernador, Intendente y Almirante.

en el libro de la historia
mi reinado quedará.

Vi prosperando
por todas partes
las bellas letras,
las bellas artes;
está la industria
desarrollada;
la gente vive
feliz y holgada;
hallé el comercio
a gran altura,
y floreciente
la agricultura.
Parece un sueño
ventura tal,
no hay en todo el mundo
otro pueblo igual.

CORO. No hay en todo el mundo, etc.
(El rey y los consejeros se sitúan en el primer término. Minueto durante el cual desfilan los cortesanos ante el rey, saludándole respetuosamente. Repetición del himno y valse coro y soldados. Córrense los tapices.)

HABLADO

GEN.—Señor: Creemos que estaréis satisfecho de las pruebas de cariño, respeto y entusiasmo con que en toda la nación os han recibido vuestros súbditos.

REY.—Sí que lo estoy.

GEN.—(Está satisfecho.) (Al almirante.)

REY.—Pero, vamos a ver, mis queridos consejeros: ahora que estamos solos, vais a hablarme con toda franqueza.

GOB.—Decid, señor.

REY.—Como hace tan poco tiempo que ocupo el trono y nunca había salido de la corte, os aseguro que todo me ha pillado de sorpresa.

GOB.—Es natural.

REY.—Me he llenado de asombro el ver que en mi reino todas las gentes son completamente felices.

ALM.—Sí que lo son.

INT.—Sin duda alguna.

GOB.—Felicísimas.

GEN.—¿No han de serlo, reinando vos y gobernando nosotros?

REY.—Supongo que no me habréis engañado.

GEN.—¡Señor!

REY.—Y que lo que he visto será verdad

GOB.—Una verdad patente.

ALM.—Indiscutible.

INT.—Palmaria.

GEN.—Inconcusa.

GOB.—Como que ese es el lema de nuestro gobierno; la verdad ante todo.

ALM.—La verdad por delante.

GEN.—¡La verdad desnuda! Es decir, desnuda no, porque sería poco decente.

REY.—Está bien. De modo que lo único extraordinario en mi obsequio habrá sido las colgaduras, las luminarias y los arcos de triunfo.

GEN.—Lo único, señor.

GOB.—Podemos asegurarlo.

REY.—Y todas esas manifestaciones de entusiasmo conque me han recibido serían espontáneas.

GOB.—Muy espontáneas.

REY.—Lo comprendo bien, porque el pueblo no tiene razón para quejarse ni de su rey ni de mis consejeros.

TODOS.—Gracias, señor.

REY.—Tú, mi querido intendente, llenas las arcas del Tesoro con impuestos justos y equitativos.

INT.—Equitativos y justos.

REY.—Tú, mi inteligente gobernador, sostienes una política de moderación y de templanza.

GOB.—Eso procuro.

REY.—Tú, mi bizarro general, te desvelas por la disciplina y esplendor de nuestro ejército.

GEN.—Me hacéis justicia.

REY.—Y tú, mi dignísimo almirante, me aseguras que la reorganización de nuestra marina de guerra marcha perfectamente.

ALM.—Marcha viento en popa.

REY.—Por consecuencia, mis queridos consejeros, bien puede asegurarse para mis estados una era de paz, de ventura y de calma.

ALM.—Calma, chicha, señor.

GEN.—Completamente chicha.

REY.—Pues bien, en esta excursión hecha por vuestro consejo, he visto lo siguiente: que el país está satisfecho de vosotros, que vosotros estáis satisfechos del país, que en mi reino todo es prosperidad, riqueza y alegría, que mis súbditos se pasan la vida en constante jolgorio, y que aquí no se aburre nadie.

TODOS.—¡Nadie!

REY.—Nadie... más que yo.

GEN.—¿Cómo?

ALM.—¿Vos?

INT.—¡Señor!

GOB.—¡Qué decís!

REY.—La verdad, que estoy aburridísimo. Hacé dos meses que me lleváis de un lado para otro y estoy ya harto de tantos arcos triunfales de tantos discursos de tantos banquetes y de tanta marcha real.

GEN.—Bien; pero ahora voléis a la vida tranquila de palacio.

REY.—Si es que esto me aburre más todavía.

GEN.—¿Os aburrís aquí?

REY.—Soberanamente. Como puede aburrirse un soberano. Por lo cual he tomado una resolución.

GOB.—¿Qué resolución?

REY.—Aprovechar la tranquilidad que se disfruta para hacer inmediatamente un viaje a mi gusto.

GEN.—¿Cómo?

REY.—De incógnito. Pero de verdadero incógnito, no como los hacen siempre los reyes; no voy a viajar ocultándome bajo un título de conde o de duque, sino como un cualquiera, vestido pobremente y andando a caballo o a pie, o como me dé la gana.

GOB.—Pero señor, comprended que un monarca...

REY.—Un monarca de mi edad, de mis condiciones y de mi temperamento, necesita algunos días de expansión, de desahogo. ¿No recordáis alguna de esas leyendas encantadoras en que un rey se disfraza con humilde traje y corre aventuras y se mezcla entre la gente del pueblo? Pues bien, yo quiero ser uno de esos reyes.

GOB.—(¡Nos ha salido romántico!) (Al Intendente.)

GEN.—¡Eso es imposible!

ALM.—¡Completamente imposible!

REY.—¿Sí? Pues mi resolución es irrevocable. Voy a cambiar de traje, y en seguida, sin que nadie se entere, tomo cuenta arriba por el camino de los robledales, y en el primer pueblo que encuentre dormiré esta noche como un cualquiera.

GOB.—¡Señor un viaje en esas condiciones lo considero antipolítico!

GEN.—Y ocasionado a perturbaciones peligrosas.

INT.—¡A riesgos inminentes!

ALM.—¡A catástrofes inesperadas!

REY.—Repito que mi resolución es irrevocable. Si no estáis conforme con ella enviadme vuestras dimisiones. (Vase primera izquierda.)

Dichos menos el Rey

MÚSICA

GOB. ¡La dimisión!
INT. ¡La dimisión!
ALM. ¡La dimisión!
GEN. ¡La dimisión!
TODOS. Nos priva por completo de la gobernación, nos pone en un aprieto su determinación.
GEN. ¿Qué hacemos?
INT. No lo sé.
ALM. El caso es de pensar.
TODOS. Meditemos, calculemos si debemos renunciar.
GOB. La dignidad se impone.
INT. Obremos con valor.
ALM. Exígelos el decoro.
GEN. Lo pide nuestro honor.
TODOS. Sí, señor. Sí, señor.
GOB. ¿Qué hacemos?
INT. No lo sé.
ALM. Forzoso es decidir.
TODOS. Meditemos, calculemos si debemos dimitir.
GOB. ¡Audacia y energía!
INT. ¡No más debilidad!
ALM. ¡Tengamos entereza!
GEN. ¡Tengamos dignidad!
TODOS. ¡Es verdad! ¡Es verdad!
GEN. ¿Qué hacemos?

INT. No lo sé.
ALM. Su marcha hay que impedir.
TODOS. Meditemos, calculemos;

no debemos transigir. (Meditación.)
GOB. ¡Eso sí! (Para sí.)
ALM. ¡Eso no! (Id.)
INT. ¡No lo sé! (Id.)
GEN. ¡Qué sé yo! (Id.)
GOB. Yo, jamás. (Id.)
ALM. ¿Para qué? (Id.)
INT. ¡Qué se yo! (Id.)
GEN. ¡No lo sé! (Id.)
GEN. ¡Compañeros, compañeros!

¡Se salvó la situación!
Voy de fijo a complaceros con mi determinación.
LOS TRES Sepamos, pues, la decisión.
Decid cual es vuestra opinión.
GEN. No encuentro más que un modo
[do
ni hay otra solución.
LOS OTROS ¡Qué emoción!
GEN. Hagamos todo, todo...
(Con energía.)
menos dimisión!
LOS TRES ¡Tenéis razón!
¡Somos en todo, en todo, de vuestra opinión!
(Se dan la mano cariñosamente.)

HABLADO

ALM.—Bravo, general, bravo; habéis encontrado el áncora de salvación; sólo nos queda el recurso de ponernos al palo hasta que pase la borrasca. Nuestras manos son las únicas que pueden empuñar con pericia el timón de la nave del Estado.

GOB.—Las únicas. Estamos conformes, almirante.

GEN.—¡Hacer dimisión! ¡No faltaba más!

INT.—¡Eso es ya exigir demasiado!

GEN.—Nosotros entramos en el poder para sacrificarnos en aras del país, y no debemos retirarnos a la vida privada...

INT.—Privada de sueldo.

GOB.—Eso es.

ALM.—Mantengamos izada nuestra bandera y sigamos el derrotero que nos hemos trazado.

GEN.—Blen, pero señores. no olvidemos que el rey va a emprender su viaje inmediatamente; que va a oír las quejas de los pueblos y que va a convencerse de que le hemos engañado.

GOB.—¡Claro! Descubrirá que los contribuyentes están hartos de pagar tributos. (Al intendente.)

INT.—Y que vuestra política deja mucho que desear. (Al gobernador.)

ALM.—Y que el ejército está descontento. (Al general.)

GEN.—Y que la marina, a pesar de esa calma chicha de que le habéis hablado, no es chicha ni limoná. (Al almirante.)

INT.—¡Va a descubrirlo todo!

GEN.—¡Estamos perdidos!

GOB.—No os apuréis, señores. Hay un medio para salvarnos

GEN.—¿Cuál?

INT.—¡Decid!

ALM.—Hablad.

GOB.—El rey ha dicho que esta misma noche dormirá de incógnito en el primer pueblo que encuentre por el camino de los robledales.

GEN.—Eso ha dicho.

GOB.—Pues os advierto que es uno de los pueblos más agobiados por los impuestos. Pero, no importa; yo me adelanto, de incógnito también; reparto allí dinero, preparo fiestas y diversiones, y el rey se encontrará con un pueblo que se baila y canta como si fuera completamente feliz.

GEN.—¡Muy bien pensado!

ALM.—¿Y si se empeña en continuar el viaje?

GOB.—Me adelantaré a él y prepararé el terreno. Con dinero se arregla todo.

GEN.—Así lo hemos arreglado siempre.

INT.—Pues no hay tiempo que perder. Pasad por la tesorería y que os entreguen cuanto os haga falta.

GEN.—Sí, id al momento.

GOB.—Compañeros, adiós.

ALM.—Buena suerte.

GOB.—Quedad tranquilos. (Vase por la segunda derecha.)

Dichos, menos el Gobernador; luego un Cortesano,

ALM.—Este hombre entiende la aguja de marear.

GEN.—¡Vaya si la entiende!

CORT.—¡Mí general! (Por la primera izquierda.)

GEN.—¿Qué ocurre?

CORT.—El rey os espera en su cámara.

GEN.—(¡El rey! Acaso haya desistido de su viaje.)

INT.—(¡Quién sabe!)

GEN.—Voy allá. Aguardadme. (Si habrá pensado alguna nueva diablura.) (Vase seguido del Cortesano.)

Almirante e Intendente

ALM. ¡Ay, mi querido intendente!

INT. ¡Ay, mi querido almirante!

ALM. Lo que pasa es irritante,

INT. Y el peligro es inminente.

ALM. Yo, la verdad, no respondo

INT. de que no demos un tumbó.

ALM. Pues yo no cambio de rumbo

INT. aunque siga «mar de fondo».

ALM. El rey es un imprudente.

INT. Es un chiquillo ignorante.

ALM. ¿No digo bien, almirante?

INT. Decís muy bien, intendente.

ALM. ¡Si desistiera quizás

INT. de recorrer el país!..

ALM. ¡No nos pondría en un tris,

INT. si, al fin, se volviese atrás!

ALM. Sería muy conveniente.

INT. Pero yo dudo, no obstante...

ALM. ¿De qué dudais, almirante?

INT. ¡Dudo de todo, intendente!

ALM. Ya habéis visto con qué afán

INT. indicó su plan al fin.

ALM. Este rey es un simplín

INT. que lo hace todo sin plan.

ALM. ¡Eh! ¿Quién se acerca? Ade-

INT. ¿Un pastor? [lante.

ALM. ¡El rey!

REY. ¡Presente!

ALM.	(No hay esperanza, intendente!)	INT.	(Busca una égloga
INT.	(¡Nos lucimos, almirante!)	ALM. }	para su amor.
	Dichos y el Rey, de pastor		¡Ay, qué bucólico
	MÚSICA		está el señor)
REY.	Soy un pastor sencillo.	REY.	Quiero vida campestre.
	Huelo a romero,		dulce y tranquila,
	huelo a tomillo,		y escuchar del rebaño
	y toco la zampofia		la alegre esquila.
	y el caramillo.		Más que lujo y riqueza,
ALM. }	No es malo el que nos arma		gloria y honores,
INT. }	este chiquillo.)		ambiciono la vida
REY.	Huelo a romero;		de los pastores.
	huelo a tomillo.		Y a la orilla del río
	Quiero al son de la gaita		murmurador,
	cantar mis quejas,		entonar con mi gaita
	y comer nata y queso		cantos de amor
	de mis ovejas.		¡Qué grata música
	Si una linda zagala		para el pastor!
	llega a la fuente,		¡Qué melancólico
	calme su cantarillo		canto de amor.
	mi sed ardiente.	ALM. }	(Busca una égloga
	Y al dormir en mis brazos	INT. }	para su amor.
	siesta de amor,		¡Ay, qué bucólico
	ella será la reina		está el señor.
	de este pastor.		

(Acompañado con imitación de gaita.)

HABLADO

REY.—Soy feliz, completamente, feliz. Al cabo voy a disfrutar de esa independencia con que tantas veces he soñado.

ALM.—Pero señor...

REY.—¿Qué os parece mi disfraz? ¿Habría nadie que pueda sospechar quien soy?

INT.—Nadie.

ALM.—¿Quién ha de sospecharlo?

REY.—Pues eso es lo que yo deseo, pasar desconocido por entre mis súbditos y enamorar, como un cualquiera, a mis súbditas. Lo que yo voy a divertirme! ¡Lo que yo voy a correr por esos pueblos.

INT.—Pero señor, reflexionad que estáis obligado a cierta circunspección, a cierta prudencia...

ALM.—Y que el viajar solo y con ese traje puede exponeros a algún contratiempo.

REY.—¿Por qué? ¿Por lo humilde de mi vestido? ¿Por la clase modesta a que pareceo pertenecer? Vosotros me habéis afirmado repetidas veces que en mis Estados la seguridad individual es completa.

INT.—Completísima.

REY.—Entonces, nada tengo que temer. Soy como un ciudadano cualquiera que viaja protegido por las leyes y al amparo de un gobierno cuidadoso y justo.

INT.—Justo. (A eso no podemos decir que nó.) (Al almirante.)

REY.—Además, os advierto que no voy solo.

ALM.—¿No?

INT.—¿Quién os acompañará?

REY.—¿Quién? Ahí le tenéis.

Dichos y el general vestido de pastor

MÚSICA

ALM.	¿Quién es?	GEN.	Ya estoy aquí.
INN.	No sé.	ALM.	¡Qué raro está.
REY.	(A los dos.) ¿Qué tal?	INN.	¿Verdad que sí?
GEN.	Aquí estoy ya, señor.	LOS DOS	¡Já, já, já, já!
ALM. }	¡Dios mío! ¡El genera!	GEN.	Por vos, de mí
INT. }	vestido de pastor,		se rien ya.

TODOS. ¡Bien lo temí!
 REY. ¡Já já, já, já!
 REY. Así, sin bigote
 parece un muchacho,
 GEN. Lo que yo parezco
 es un mamarracho.
 Mas por daros gusto
 me desfiguré,
 y hasta mi bigote
 os sacrificué.
 REY. Creedme a mí,
 ya crecerá.
 GEN. El que perdí

ya no saldrá,
 TODOS. (Menos el general.)
 ¡Já, já, já, já! (Riendo ya sin
 disimulo hasta el fin del cantable.)
 REY. El verlo así
 qué risa da.
 GEN. ¡Pobre de mí!
 TODOS. ¡Já, já, já, já!
 ALM. } Y por ahí
 INT. } se marchará
 vestido así.
 ¡Já, já, já, já!
 TODOS. ¡Já, já, já, já!

HABLADO

REY.—¡Vamos, señores, basta de chanza! Yo agradezco, en lo que vale, el sacrificio que por mí ha hecho el general.

GEN.—¡Bien podéis agradecerme, señor! ¡Mi bigote era el encanto de las damas! Y además, un general de artillería que se descañona, es el colmo de la obediencia al soberano.

ALM.—No hablemos más de eso. ¡Pelillos a la mar!

GEN.—¡Llama pelillos a aquel bigotazo!

REY.—¡Ea, general, andando! Salgamos por la puerta secreta. Vosotros quedáis encargados que nadie se entere de mi marcha.

GEN.—Sí. ¡Que no se sepa nada de esto! ¡El ejército, sobre todo, que lo ignore!

INT.—Id tranquilo, señor.

REY.—¡Vamos, vamos! Ya estoy deseando verme libre por esos campos. ¡Basta de etiquetas palaciegas! ¡Abajo las fórmulas cortesanas! ¡Viva la libertad! (Vanse rey y general por la puerta segunda derecha.)

INT.—¡Dios mío! Un rey que grita: ¡Viva la libertad!

ALM.—¡Nos vamos a pique!

INT. Un grito tan imprudente
 no hay ministro que lo aguante.

ALM. Si es peor ponerse en frente.

INT. ¿Sí? Pues paciencia, almirante.

ALM. Resignación, intendente.

(Vase cada uno por su lado.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Plaza de un pueblo. A la derecha, en primer término, la Casa Consistorial. A la izquierda un mesón, a cuya puerta de entrada hay una mesa y dos taburetes. Es la caída de la tarde. Coro de aldeanos y aldeanas que se agrupan tumultuosamente a la puerta del mesón. Después el Alcalde y Jeremías.

MÚSICA

CORO. Señor alcalde,
 señor alcalde,
 señor alcalde,
 por caridad,
 necesitamos,
 señor alcalde,
 que nos proteja
 su autoridad.
 Señor alcalde,
 si no remedia,
 señor alcalde

nuestra ansiedad,
 señor alcalde,
 señor alcalde,
 hacemos una
 barbaridad.

ALC

Por Dios, vecinos,
 tened paciencia;
 por Dios, vecinos,
 dejadme en paz,
 si las cosechas
 están perdidas.

no es responsable
la autoridad.
Por Dios, vecinos,
no ser pesados;
por Dios, vecinos,

por Dios, callad.
Por Dios, vecinos,
por Dios, vecinos,
no hagáis ninguna
barbaridad.

HABLADO

ALD. 1.º—Basta, basta, que hable uno solo y que diga al señor alcalde lo que queremos.

ALC.—Sí, que hable uno solo, porque si gritáis tóos a la vez no vamos a entendernos.

ALD. 1.º—Pues bien, señor alcalde; el pueblo no pué seguir así. Los impuestos son cada vez más crecidos, los campos están baldíos, los dineros andan escondidos y los pobres estamos aburrios.

ALC.—De eso ya estamos convencios.

ALD. 2.º—Los tributos son muy elevaos, los campos están arrasaos, los trabajadores paraos y toos estamos fastidiaos.

ALC.—Bueno; pues quedamos enteraos.

ALD. 1.º—Y hay que tomar una risolución.

ALD. 2.º—Porque la culpa de tóo la tié el Gobierno.

Todos.—¡Abajo el Gobierno!

ALC.—¡Silencio! Con gritos no se consigue náa. Claro que el Gobierno tié la culpa; pero, ¿qué le vamos a hacer? Yo estoy tan quejoso como vosotros, y eso que soy alcalde; pero, además de alcalde, soy posaero y el negocio está echao a perder. Aquí no se vende naa, se pasan los meses enteros sin despachar ni una azumbre de vino, y el que consume no paga, y yo soy el que se consume.

ALD. 1.º—Pues a ver lo que hacemos.

ALC.—Yo creo que lo mejor es irnos ahora mismo a la Casa Ayuntamiento y echar una sollicitud al Gobierno pidiéndole que nos perdone los tributos que van vencios y diciendo lo malamente que lo pasamos.

Todos.—¡Eso es! ¡Eso es!

ALD. 2.º—No está mal; pues a escribirla.

ALC.—Justo, y que la firmen tóos.

ALD. 1.º—¿Y el que no sepa, como yo?

ALD. 2.º—Pone una cruz y santas Pascuas.

ALD. 1.º—Bueno, la cruz si la pondré, pero lo de Santas Pascuas tehdrá que escribirmelo otro.

ALD.—Id para el Ayuntamiento, que allá voy yo, y veréis cómo escribo una sollicitud a gusto de tóos.

Todos.—¡Viva el señor alcalde! ¡Viva!

ALD. 1.º—¡Nosotros al Ayuntamiento y vosotras a vuestros quehaceres!

Alcalde y Jeremías

ALC.—¡Jeremías! Dame un trago de vino, a ver si así cobro ánimos y tengo fuerzas pa decirle al Gobierno tóo lo que merece.

JER.—(Dándole el jarro.) Ahí tenéis. ¿Por vida de los demonios!

ALC.—¡Hombre, que siempre has de estar gimiendo y llorando! No en balde te pusieron el apodo de Jeremías!

JER.—¡Pero, tío!

ALC.—¡No hay tío que valga! El hombre ha de ser hombre, y el que tengas que marcharte a servir al rey, no es para que te aflijas de esa manera.

JER.—¡Si no es sólo por eso!

ALC.—Sí, será por lo otro; es decir, por la otra. ¡Valiente par de sobrinos me ha dao Dios! Rosa te tiene atontao.

JER.—Porque estoy mal correspondío. ¡Maldito sea mi...!

ALC.—¿Y eso qué importa? Ella ya c noce mi voluntad. Que quiera que no quiera, cuando vuelvas del servicio te casaras con tu prima.

JER.—¡Sí, casarme! ¡Casarme!

ALC.—¡Vaya un vino! ¡De primera! ¡Paice mentira que se venda tan pocol

ALD. 1.º—(Dale la puerta del Ayuntamiento.) ¡Señor alcalde, que estamos esperando!

ALC.—Allá voy, hombre, allá voy. (A Jeremías.) ¡Anímate, mostrenco! (Vase al Ayuntamiento.)

Jeremías solo; después el Gobernador.

JER.—¡Si; anímate, anímate! Eso se dice bien, pero cuando uno está como yo, con el corazón metido en un puño... ¡Maldita sea!... Dice mi tío que me casaré con Rosa cuando vuelva del servicio. ¡Después de ocho años de servir al rey, pa valiente cosa serviré ya!

GOB.—(Según las señas que me acaban de dar, este debe ser el mesón del alcalde.) (Viene embozado.) ¡Eh! ¡Muchacho!

JER.—¿Qué queréis?

GOB.—¿El señor alcalde está en casa?

JER.—Al Ayuntamiento se ha ido hace un instante. Allí lo encontraréis.

GOB.—¿Están acaso en concejo?

JER.—No, señor; está con los vecinos del pueblo, escribiendo una solicitud pa el Gobierno pidiéndole no sé qué cosa.

GOB.—¿Sí? (Pues esta es la mejor ocasión. Pasaré por emisario de mí mismo y concediéndoles todo lo que pidan y repartiendo algún dinero, regí cijo popular.) Adiós, muchacho.

JER.—¡D enhorabuena.

ROSA.—(Dentro cantando.)

El chorro de la fuente
vierte agua clara,
y con ella colores
para mi cara.

JER.—Ahí viene la ingrata. ¡Maldita sea mi suerte!...

Dicho y Rosa, que lleva el cántaro apoyado en la cadera, Sale del mesón,

ROSA. ¡Adiós, primo!

ROSA. Pues primo, te aseguro
que me encoraras;
de alegría o tristeza,
tú siempre lloras.

JER. ¡Adiós, prima!

ROSA. Voy a la fuente.

JER. Escucha dos palabras.

Oye, detente.

ROSA. ¿Qué tienes que contarme?

¿Es algo nuevo?

JER. Mira que si te burlas

yo no me atrevo.

ROSA. ¿Decirme que me adoras?

FER. Precisamente.

ROSA. Ya me lo figuraba.

Voimé a la fuente.

JER. Pero, mujer...

ROSA. ¿Ya gimes?

¡Jesús qué risa!

JER. Escúchame.

ROSA. No puedo,

que estoy de prisa.

JER. Nuestro tío desea

que nos queramos.

ROSA. ¿Sí? Pues dar gusto al tío...

¿Para qué estamos?

Deja el cántaro en el suelo.)

JER. ¿De veras? ¿Te decides?

¡Ay, Rosa mía!

Rompiendo a llorar.)

ROSA. ¡Lloras porque te quiero?

JER. ¡Si es de alegría!

ROSA. ¿Y qué?

JER. Quieres que ría
si de ti ausente
he de pasar ocho años
seguramente?

ROSA. ¿Qué incorta? No te aflijas
ya nos veremos.

JER. ¿Y al volver, dime, Rosa,
nos casaremos?

ROSA. ¿Casarnos? Es asunto
muy delicado.

Yo, francamente, primo,
no lo he pensado,

JER. Pues piénsalo.

ROSA. ¡Imposible!
te lo confieso.

¡Pensar yo en matrimonio!
¿Quién piensa en eso?

JER. ¿Luego tú me desprecias?
¡Tú no me quieres!

(Llorando amargamente.)

ROSA. ¡Dale que dale! ¡Hombre,
qué terco eres!

Como primo, contigo
soy cariñosa...

JER. ¿Y como esposo?

ROSA. Eso...
ya es otra cosa.

JER. Estoy con tus amores
entontecido.

ROSA. Pues yo no quiero un tonto
para marido.
Por ser primos, no hagamos
una bobada,
que es la boda entre primos
una primada.

Y el que a su prima se une,
¡cosa sabida!,
se expone a ser un primo
toda la vida.

JER. Pues, bueno; aunque lo sea,
por todo paso.

ROSA. Hombre, sólo por eso
ya no me caso. (Coge el cántaro)

JER. Por tí me estoy muriendo.

ROSA. ¡Cosa más rara!

ALC.—(Desde la puerta del Ayuntamiento.) ¡Eh; Jeremías! ¡Muchacho!

JER.—¿Qué mandais?

ALC.—Súbete de la bodega el pellejo de vino que está empezao, y dáselo a
este pa que nos lo traiga. (Señalando al mozo que sale del Ayuntamiento y va al mesón)

JER.—¡Voy, voy! ¡Maldita sea mi suerte, amén! (Entra en el mesón con el mozo.)

El Rey y el General por el último término de la izquierda. Luego Jeremías

REV.—¿Qué agradable tranquilidad! ¡Qué paz tan envidiable! ¡Lo que yo he
disfrutado en estas horas no puedes tú comprenderlo!

GEN.—Efectivamente, no lo comprendo, porque vengo derrengado.

REV.—Ya descansaremos, hombre, ya descansaremos. Allí hay un mesón. Si
tan fatigado estás, pasemos en él la noche.

GEN.—¡Ay, colchones de mi cama, cuánto os voy a echar de menos!

REV.—Pero antes cenaremos, ¿eh?

GEN.—Como dispongáis.

REV.—¡Ah, de casa! ¿Quién sirve aquí? ¡Mesonero! ¡Mesonero!

GEN.—¡Mesonero! (Al ir violentamente a entrar en el mesón tropieza con el mozo que
sale llevando el pellejo del vino.) ¡Animal!

JER.—(Saliedo tras el mozo.) ¿Qué es eso? ¿Quién da tantas voces?

GEN.—Nosotros.

JER.—Pues no traeis poca prisa.

GEN.—¿Eh?... (Haciendo marcadamente el ademán de buscar la empuñadura del sable.)

REV.—¡Cálmate, hombre!

GEN.—(Tal falta de respeto.)

REV.—(¿Pero qué respeto quieres que tengan a un par de pastores?)

GEN.—¡Es verdad! Me olvidaba de lo que somos. Mejor dicho, de lo que no
somos.)

REV.—A ver, mozo.

JER.—¿Qué es lo que queréis?

REV.—Cenar ante todo. Tengo un hambre espantosa. ¿Qué es lo que hay?

JER.—Lo que hay pué que sea demasiado caro pa vosotros.

REV.—(Eso tiene gracia.) Sepamos, sepamos lo que es.

JER.—Pues tenéis judías estofadas.

¡Muriendo! Y me lo dices
con esa cara.

Tú, tan sano y rollizo,
morir amando...

JER. ¡Me engordan los disgustos
que estoy pasando!

¡Me dan unas tristezas
hace unos días!

ROSA. Vaya, no tengo ganas
de tonterías.

JER. ¡Ay, Rosa, que me muero!

ROSA. ¿Tú?

JER. De repente.

ROSA. Pues abur, que te alivies.

Voy a la fuente.

(Vase riendo por el último término de la de-
recha.)

Jeremías solo

¡Y se marcha! ¡Maldigo
mi suerte perra!

Soy lo más desgraciao
que hay en la tierra;

y entoavía (Llorando.)
quieren Rosa y mi tío

que yo me ría.



GEN.—(¡Jesús!)

REV.—Magnífico. ¿Y qué más?

JER.—Y aún en escabeche.

GEN.—(¡María Santísima!)

REV.—¡Excelente! Trae dos raciones de cada cosa.

GEN.—¡Pero señor!... (Aparte al rey.)

REV.—¡Anda, volando! (Vase Jeremías.)

GEN.—Pero, señor, ¿y vamos a cenar esas porquerías?

REV.—Y por qué no? Esto es, precisamente, lo que me seduce, que me traten como o un cualquiera: y sobre todo, cenar con verdadero apetito. Desengaña te, general: a buen hambre no hay pan duro.

GEN.—El pan duro sería lo de menos. Lo terrible, a estas horas, son el escabeche y las judías estofadas.

REV.—Pero, qué tonterías dices. ¿Quieres que en un mesón como éste nos ofrezcan faisanes y salmón? Comamos lo que nos den, y déjate de repulgos de empanadas.

GEN.—(¡Empanada! ¡Que más quiséramos!)

REV.—Yo te aseguro que en las tres leguas que hemos andado a pie se me ha despertado un apetito devorador.

GEN.—Pues yo no tengo más que ganas de descansar. Estoy rendido. (Sentándose y levantándose inmediatamente.) ¡Ay, señor, perdonad!

REV.—¿Qué es ello?

GEN.—Me había sentado sin permiso en vuestra presencia.

REV.—Pero hombre, ¿cuándo acabarás de convencerte de que por ahora no somos un rey y un general, sino simplemente dos pobres pastores, tan pobres, que no tenemos ni aun rebaño?

GEN.—Sin embargo, señor...

REV.—Trátame con toda confianza, porque si no van a sospechar. Nada de cumplimientos entre nosotros. Tutéame, hombre, tutéame.

GEN.—Pues... chico, con tu permiso, (Sentándose.) Estoy reventado.

REV.—Así me gusta verte.

GEN.—¿Cómo? ¿Reventado? (Levantándose.)

REV.—No, hombre. Tratándome de igual a igual.

GEN.—¡Ah! (Volviendo a sentarse.)

JER.—Aquí están ya las judías. (Pone sobre la mesa una fuente honda de judías humeantes con dos cucharas de palo. El general ofrece al rey el taburete de la derecha y él se sienta en el de la izquierda.)

REV.—¡Qué olorcillo tan apetitoso!

GEN.—(¡Pobre de mí. Esta noche cólico seguro.)

JER.—¿Traigo un jarro de vino?

REV.—¡Hombre, sí! ¡Un jarro! ¡No, dos! (Vase Jerónimo.) ¡Esto es encantador! ¿Qué diferencia de los banquetes de Palacio, ¿eh?

GEN.—¡Ya lo creo que hay diferencia!

REV.—Aquello ya hasta. Siempre diez o doce platos.

GEN.—¡Y aquí ninguno! La fuente sola y dos cucharas de palo.

REV.—¡Este guiso está delicioso! (Comiendo.) ¡Anda, hombre, come!

GEN.—¡Señor! ¡Esperaré, al menos, a que hayáis acabado!

REV.—Repito que no te andes en ceremonias. Figurate que estamos en consejo. ¡Mete la cucharada!

GEN.—Pues lo mandáis, sea. (Comiendo.)

REV.—¡Riquísimas!

GEN.—¡Sí, no están malas!

REV.—¡Eh! ¿Qué es esto?

GEN.—Una hoja de laurel.

REV.—Toma, general, la gloria para ti. (Con énfasis.)

JER.—Aquí está el vino. (Poniendo los dos jarros sobre la mesa.)

REV.—¡Venga! (Bebe.)

GEN.—(¡Bueno será el vinillo!)
 REY.—¡Excelente!
 GEN.—(Después de beber.) No es del todo desagradable.
 REY.—Un trago de esto alegra a cualquiera. ¿No es verdad, muchacho?
 JER.—Sí; a cualquiera que pueda alegrarse. Lo que es a mí, pa eso, no me bastaría con tóo lo que hay en la bodega.
 REY.—¿Pues qué te pasa, hombre?
 JER.—¿Qué me ha de pasar? Que tengo que marcharme del pueblo pa ir a servir al rey. ¡Maldito sea el rey! (Vase.)
 GEN.—(Con la boca llena y levantándose amenazador.) ¡Insolente!
 REY.—(Riendo.) Déjale, hombre, déjale. Esa sinceridad es encantadora.
 GEN.—Señor; es que hay ciertas cosas que yo, como general, no puedo tolerarlas.
 REY.—Como general, no; pero como pastor no debes incomodarte. Ya ves la frescura con que yo las tomo.
 GEN.—¡Admiro vuestra tranquilidad!
 JER.—¡Aquí está el escabeche! (Poniendo sobre la mesa otra fuente con dos tenedores de madera y recogiendo la de judías.)
 REY.—¡Magnífico trozo! ¡Qué buena facha tiene! ¡Y con sus cebolletas y todo! Debe de estar muy sabroso. De esto sí que voy a comer con gusto.
 GEN.—¡Por Dios, señor, no abuséis, que el atún es un alimento muy fuerte! Os puede hacer daño!
 REY.—¡Déjame en paz, hombre, déjame en paz! (Comiendo.)
 GEN.—(¡Dios mío! ¡La felicidad de un país dependiendo de un pedazo de atún... en escabeche!)

Dichos y Rosa, que viene con el cántaro

MÚSICA

ROSA. El chorro de la fuente (Dentro.) vierte agua clara, y con ella colores para mi cara. (Entra en escena)	ROSA. (Al rey, ofreciéndole con el cántaro.) Si tanta sed le abrasa, lo más sencillo es beber unos sorbos del cantarillo.
REY. ¡Dios mío, qué mujer! (Se levanta.)	REY. (Disponiéndose a beber.) Dame, que tengo el pecho como una fragua.
GEN. (Al rey se le han quitado las ganas de comer.)	GEN. (Acercándose.) (Detrás del escabeche no bebáis agua.)
REY. (¡Qué hermosa es la zagala!) ROSA. (¡Qué lindo es el pastor!) JER. (La ingrata ni aún me mira.) GEN. (¡Es guapa, sí, señor!)	REY. (¡Quédate allá! ¡Déjame al fin que goce de libertad!)
ROSA. Si queréis agua fresca, (Al rey.) os la puedo ofrecer: en la fuente ahora mismo la acabo de coger.	(A Rosa.) Honores y riqueza no me otorgó la suerte; yo sólo, hermosa niña, amor puedo ofrecerte. Su misera cabaña te brinda este pastor. ¿Me quieres siendo pobre? Responde, por favor:
REY. No es agua lo que quiero para calmar mi ardor, que al verte, niña hermosa, yo siento sed de amor.	ROSA. Ni honores ni riqueza jamás pedí a la suerte; carifio sólo anhele, carifio hásta la muerte.
ROSA. No se me acerque tanto. (¡Qué audaz es el pastor!) Para apagar el fuego el agua es lo mejor.	
JER. (¿Qué se estarán hablando?) ¡Ay, si será de amor! si fuera yo valiente pegaba a ese pastor.)	
GEN. (El rey se va animando,	

Y en la cabaña humilde
de mísero pastor,
habitaré dichosa
si en ella encuentro amor.

REV. ¿Luego me quieres? ¡Di!

ROSA. ¿A qué negarlo? Sí.

REV. (Al general.)

¿Lo oíste?

GEN. Ya lo oí.

JÉR. (Yo estoy fuera de mí.)

REV. Tus ojos tienen
para los míos
irresistible
seguro imán;
por eso en ellos,
la luz buscando,
los míos siempre
se mirarán.

ROSA. En mí tus ojos
se miran siempre,
buscando en ellos

amante atán;
¡mas ay, que terno,
pastor querido,
si esos tus ojos
me engañarán.
(El rey se anima
con la mozuela:
qué entusiasmados
los dos están!
Es conveniente
que se distraiga,
pues esto ayuda
a nuestro plan.)

JÉR. (Yo estoy furioso,
yo estoy que trino.
¡Qué entusiasmados
los dos están!
¡No soy valiente,
mas, si esto sigue,
de mis casillas
me sacarán!)

HABLADO

JÉR.—(Me voy, me voy adentro, porque no puedo ver ciertas cosas. (Al general.) Decid a vuestro compañero que se ande con cuidao conmigo, porque soy capaz de pegarle un estacazo.

GEN.—¡Un estacazo? (Conteniéndose.) ¿Y por qué?

JÉR.—Porque esa muchacha es mi prima, y porque la quiero, y sobre tóo porque me da la real gana. (Vase.)

GEN.—(No, a quien le da la real gana es a él.)

REV.—No tardes, vida mía. Aquí te espero. (Acompañando a Rosa hasta la puerta.)

ROSA.—En seguida estoy de vuelta. (Vase.)

REV.—(Viniedo junto al general.) ¡Ay, general! ¡Qué muchacha tan seductora! Este es el amor que halaga, el verdadero amor. Me quiere por mí, solo por mí, creyéndome un pastor miserable.

GEN.—Sin embargo, señor, yo os aconsejo un poco de prudencia. Ese mozo que acaba de irse es primo de esa joven y la quiere y ha dicho... no me atrevo a repetir lo que ha dicho.

REV.—¿Qué?

GEN.—Que iba a pegaros un estacazo.

REV.—¿A mí? ¿A su rey? (Con altanería.)

GEN.—Pero, señor, ¿no hemos quedado en que aquí no sois más que un pastor?

REV.—Es verdad. Pues que se atreva y de igual a igual nos veremos las caras. (Con aire de bravucón.)

GEN.—(¡No nos faltaba más que esto!)

REV.—Déjame, déjame gozar de esta independencia encantadora. ¡Con esto soñaba yo! Un viaje así, una aventura así, un traje así, y una cena así.

GEN.—¡Señor, no me recordéis la cena!

Dichos, Alcalde y aldeano que salen del Ayuntamiento; luego Rosa

(Tras ellos misteriosamente sale el gobernador.)

ALD.—¡Viva el alcalde!

OTROS.—¡Viva!

ALC.—¡Viva el gobierno!

TODOS.—¡Viva!

REV.—(Al general.) ¡Eh! ¿Qué es eso?

GEN.—Ya lo veis, que el pueblo está satisfecho y alegre, como en todas partes.

REV.—Más vale así. ¡Ah! Ella sale. (Reparando en Rosa que sale del mesón. Va a su lado y habla amorosamente, sentado él en la mesa y ella en el taburete de la izquierda.)

ALC.—A ver, muchachos, avisad a las mozas y que venga la música y que empiece el baile. Quiero que os divirtáis mucho, pero mucho.

ALD.—¡Viva el alcalde!

OTROS.—¡Viva! (Vanse en distintas direcciones algunos; otros se quedan en la plaza.)

GEN.—En todo esto veo la mano del gobernador. Si: debe de ser aquel embozado. Hay que evitar que el rey le conozca. Aprovecharé este momento en que está entretenido con la mozueta.

REY.—(A Rosa.) ¡Te quiero, te quiero con toda mi alma!

GEN.—(Se acerca al gobernador. En voz baja.) (Gobernador.)

GOB.—¡Eh! ¿Quién? (Sorprendido.)

GEN.—Soy yo; ¿no me conocéis?

GOB.—¡Vos! ¡General, en ese traje!

GEN.—(¡Silencio!)

GOB.—¿Qué hacéis aquí?

GEN.—Acompaño al rey. Mirad. Allí está.

GOB.—Que no me vea.

GEN.—Retiraos.

GOB.—Me vuelvo a la corte. Ya veis que el pueblo está bien preparado

GEN.—Muy bien.

GOB.—Lo que necesito saber es a dónde vais desde aquí.

GEN.—¿Desde aquí? Pues... si seguimos cenando como esta noche, nos iremos al otro mundo.

GOB.—No debo detenerme. Adiós.

GEN.—Adiós. (Vase por el último término derecha.)

Dichos menos el Gobernador, Jeremías que sale del mesón

REY.—¡Rosa, Rosa mía!

JER.—¡Nada! que no se separa de ella. Maldita sea... Me están dando unas ganas de...)

ALC.—Jeremías: saca vino y que beba por mi cuenta tóo el que tenga gana. Da un trago a este pastor.

GEN.—Gracias; acabo de cenar con mi compañero.

ALC.—(A Jeremías.) Pues no les cobres ná. Hoy paga la fiesta el Municipio, porque ha salido de trampas.

GEN.—(No digas eso, hombre.) (¡Si lo oye el rey!)

ALC.—¿Por qué no he de decirlo? Ha venido un emisario del gobierno y nos ha perdonao...

GEN.—(Lievándose aparte.) ¡Chis! No digas eso tampoco.

ALC.—¿Que no? Pues la verdad se debe decir, tenemos un gobierno que vale cualquier cosa.

GEN.—Eso sí, eso sí debe decirse.

ALC.—Pues gritad conmigo: ¡Viva el gobierno!

GEN.—De eso se trata, de que viva. ¡Viva!

ALD.—¡Viva!

Dichos, Coro general de aldeanos y aldeanas. Luego cuatro músicos que tocan violines, flauta y tamboril

MÚSICA

CORO. Ahí llega ya la música,
venid todos acá,
los viejos y los jóvenes
dispuestos a gozar.
Hoy todo es aquí júbilo,
el pueblo alegre está;
muchachas, disponámonos
contentos a bailar.
¡A bailar!
Aquí está ya la música,
el baile va a empezar.

¡A bailar!

¡A bailar!

(Entran los músicos que se colocan en el centro.)

(Al rey.)

ROSA. ¿No bailas, tú?

¡Sí. ¡Por qué no?

REY. Sí. ¡Por qué no?

Pues anda ya.

ROSA

Allá voy.

(Cogiendo a Rosa y colocándose entre los que van a bailar.)

JER. ¡Baila con él!
¡Pobre de mí!

GEN. ¡Dios mío! ¡El rey
bailando aquí!

BAILE

CORO Oyendo el son alegre
de la danza del lugar,
no hay uno que no sienta
los deseos de bailar.
Los mozos y las mozas
que se abrazan sin temor,
avivan más la llama
de la hoguera de su amor.
Venid aquí,
volved allá,
la vuelta así
mejor se dá.
Volved allá.
venid aquí.
¡Qué gusto da
bailar así!

animan las parejas,
y saltando sin cesar
se juntan se separan
y se vuelven a juntar.
No hay nadie que se rinda,
y en alegre agitación
más salta que las piernas
el alegre corazón.
Venid aquí
volved allá, etc.
(Se oye lejano un tambor.)

UNOS ¿Oís?

OTROS ¡Callad!

ALC. ¡Silencio!

TODOS Es marcha militar.
ALD. (Que han ido al foro.)
Un grupo de soldados
dirigese hacia acá.

JER. ¡Dios mío! ¡La recluta!

REV. (¿Qué es eso, general?)

GEN. (Que vienen a llevarse
los mozos del lugar.)

REV. (Por mí, que se los lleven,
lo mismo se me da.
Dejándome las mozas,
no necesito más.)

Díchos, un oficial y doce soldados, que se
forman en el foro

CORO. ¡Salud a los soldados!

OFIC. ¡Alto! ¡Descansen! ¡Ar!
¿En dónde está el alcalde?

ALC. ¡A la orden, oficial!

JER. (Me llevan, y la ingrata
con él se quedará.)

ALC. (Presentando al oficial a Jeremías
y dos mozos más.)

Los mozos, ved, son estos.
¿Son estos nada más?
Aqué! también es mozo.
(Señalando al rey, que habla con
Rosa.)

¿Por qué no lo lleváis?
¿Aqué!

OFIC. (Acercándose al rey y dándole una
palmada en el hombro.)
A ver, muchacho.

ALC. ¡Debe tener la edad!

OFIC. ¿Tú al rey no habrás servido?

REV. No le servi jamás. (Riendo.)

OFIC. Pues vente con nosotros.

GEN. ¡Jesús, qué atrocidad!

REV. (Aparte al general.)
Servirme yo a mí mismo,
esto es lo natural,
y no, que por la fuerza
me sirvan los demás.

OFIC. ¡Andando!

GEN. (Al Rey.) (No consiento
esa temeridad.
La broma ya es pesada
Decid quién sois.)

REV. ¡Jamás!

Conoceré de cerca
la vida militar.)

GEN. (¿Cómo le dejó solo?)

OFIC. ¡En marcha! ¡Vamos ya!

REV. ¡Adiós, hermosa niña!

(A Rosa.)

ROSA. ¿De mí te olvidarás?

REV. Tu celestial recuerdo
mi pecho guardará.

GEN. (De pronto al oficial.)
¡Yo voy de voluntario!

OFIC. ¡Sois viejo... pero andad!

Que, al fin, para ranchero
podréis servir quizás.
(Los aldeanos se ríen.)

GEN. ¡Ranchero yo! (Al Rey.)

REV. (Paciencia,
querido general.
Ya ves que yo la tengo
y valgo un poco más.)

OFIC. ¡Tambor! ¡Soldados! ¡Firmes!

¡Armas al hombro! ¡March!

CORO. Ya se van los mozos
con su capitán;
quiera Dios que vuelvan
todós los que van.
(Estas aventuras
gran placer me dan;
lo que es por la corte
tarde me verán.)

REV. (Despertó en mi pecho

ROSA. (Despertó en mi pecho

amóroso afán.

Pero, ¿quién se fía de los que se van?)

GEN. (Dicen que ranhero a nombrarme van; cuando me conozcan me las pagarán.)

JER. (Si los dos tenían amoroso plan,

ahora, al separarse. cómo rabiarán.)

Desfile de los soldados. Detrás de ellos el rey, Jeremías, el general. Al pasar el rey al lado de Rosa se separan algo de las filas para abrazarla. Jeremías se interpone. Vanse todos por último término izquierda. Los aldeanos y aldeanas los despiden cariñosamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Patío en un castillo. Al foro muralla, por encima de la cual se ve el campo. A la derecha, primer término, gran puerta que da al campo. A la izquierda, puerta que conduce al interior del castillo. En segundo término, derecha, puertecilla del cuerpo de guardia.

Aparece la escena sola. Un centinela con capuchón se pasea por la muralla. Empieza a amanecer. Preludio y diana. Cruzan la escena varios soldados. El Rey y el General.

GEN.—Señor, ¿cómo habéis pasado la noche?

REY.—Perfectamente. He dormido como un lirón.

GEN.—Os envidio. Yo, en los tres días que llevamos en este cuartel, no he podido pegar los ojos. ¡Estas camas son infernales.

REY.—Pues culpa tuya es, mi querido general. Si hubieras procurado para el ejército más comodidades, ahora disfrutarías de ellas.

GEN.—Tenéis razón, señor; yo os aseguro que en cuanto volvamos a la corte lo primero que propondré en Consejo será el decreto siguiente: Artículo primero: La cama del soldado se compondrá de tres colchones de lana y dos almohadas de pluma. Artículo segundo: El rancho será nutritivo, succulento y variado. Variado sobre todo. ¡Estoy ya de patatas hasta aquí!

REY.—Pero, hombre, ¿también te quejas del rancho?

GEN.—No, de lo que me quejo es del estómago.

REY.—¡Qué delicado eres!

GEN.—Decidme, señor, ¿pensáis que permanezcamos aquí muchos días más?

REY.—Ya veremos. Por ahora me encuentro bien.

GEN.—(¡Dios mío de mi alma!)

REY.—Soy feliz haciendo esta vida de simple soldado. Te aseguro que nunca me he divertido más.

GEN.—(Yo sí que estoy divertido.)

REY.—Y tú no tienes motivo para estar quejoso. El capitán, atendiendo a tus años de servicios, ya ves que te ha encargado de la instrucción de reclutas. ¿Qué más quieres? ¿No te hace gracia?

GEN.—Absolutamente ninguna.

REY.—Pues a mí sí. Lo único que me molesta son tus constantes observaciones. «Señor, no hagáis esto; señor, no hagáis lo otro; señor, no hagáis lo de más allá.» Eso es capaz de aburrir a cualquiera.

GEN.—Pero...

REY.—Salí de palacio para hacer lo que me diese la gana, no para estar, como allí, obligado a guardar ciertas formas y a tener ciertas consideraciones. Te aseguro que ya me pesa el no haber venido solo.

GEN.—Gracias, señor. (Y ese gobernador sin llegar. ¿Si no habrá recibido mi aviso?)

REY.—Ahí viene nuestro capitán. ¡Cuidado con la menor indiscreción!

Dichos y el capitán

CAP.—(Como riñendo con alguien que está dentro sale del cuerpo de guardia.) ¡Al calabozo inmediatamente! ¡No tolco la más pequeña falta en el cumplimiento del deber!... ¿Qué hacéis aquí vosotros?

REV.—A la orden, mi capitán. (Cuadrándose militarmente.) (Cuádrate, general.)

GEN.—¡A la orden! (Cuadrándose.) ¡(Si yo te pillara a mis órdenes!)

CAP.—¿No sois vos el encargado de la instrucción de reclutas?

REV.—Sí, señor, este es.

GEN.—Servidor.

CAP.—¿Y estáis seguro de cumplir dignamente esa comisión?

GEN.—Me parece que sí.

REV.—Ya lo creo que la cumplirá. Eso, yo os lo garantizo.

CAP.—¡A callar! A tí no te lo pregunto. ¡Pues hombre! Me gusta la falta de
re yeto, ¡Cuidadito conmigo!

GEN.—(¡Anda, toma bromitas!)

REV.—Perdonad, mi capitán.

CAP.—(Al General.) ¿Conocéis la nueva táctica del general consejero de la guerra?

GEN.—¿Yo? (¡Preguntarme a mí si conozco una obra que me ha costado tanto
trabajo!)

CAP.—Vamós, responded. ¿La sabéis, sí o no?

GEN.—Me la sé de memoria.

CAP.—Pues esa es la que hay que aplicar.

GEN.—Naturalmente, como que es la mejor que se ha escrito.

CAP.—¿Qué entendéis vos de eso? Esa táctica es un tejido de disparates. (El
general va a contestar y el rey le contiene.)

REV.—(Te prohibo que hables.)

CAP.—¡Una sarta de desatinos! Pero no somos nosotros los llamados a juzgar-
la. El gobierno ordena que se siga esa, y esa se sigue. Quien manda manda.
(Toque de corneta.) Toque de instrucción. ¿No oís? ¡Vamos! ¡Pronto!

REV.—(Saluda.) (¡Anda, general! ¡A desasnar reclutas!)

GEN.—(¿Qué cosas sufre un hombre por no presentar la dimisión!) (Vanse.)

Capitán y luego Jeremías que sale por el último término derecha

CAP.—¡Decir que es buena la táctica del general! No puedo oírlo con calma.
¡La única táctica posible es la que yo he escrito, la que no han querido aprobar
en Consejo! (Pasea en segundo término, de puerta a puerta.)

JER.—(Por el último término derecha.) ¿Qué toque habrá sido el que ha sonado
ahora? Cada vez que oigo la corneta me echo a temblar. No soy capaz de enten-
derla en toda mi vida.

CAP.—¡Venirme a mí con tácticas! (Sigue gruñendo y hablando entre dientes.)

JER.—¡Tararí, tararí! ¡Tí, tí!... ¿Qué querrá decir eso? Yo estoy confundido.
Ayer, cuando me presenté creyendo que tocaban a rancho, resultó que tocaban a
pienso. (Toque.) ¡Otra vez la cornetita! Nada, que no entiendo ese toque.

CAP.—Animal, ¿qué haces aquí? ¿No oyes que llaman? (Le da un puntapie.)

JER.—Este es el primer toque que he comprendido perfectamente. (Vase)

CAP.—No hay que darle vueltas. En este país el verdadero mérito siempre
está postergado. (Vase primer término izquierda.)

(La escena sola un momento. Después el pelotón de reclutas, el último de ellos Jere-
mías, dirigidos por el general, marcando el paso. Atraviesan de izquierda a derecha por el
último término, sin detenerse y diciendo a compás en voz alta.—«¡Un! ¡Dos! ¡Un! ¡Dos!»)

Centinela, alcalde y Rosa

ALC.—(Dentro.) ¡Sólo! «¡Canela!» ¡Estate quieto, «Morico!» ¡Vamos, mujer,
apéate! Y amarra esa más lejos, que no estén las dos bestias juntas. ¡Ajajá! (En-
trando.) Gracias a Dios que hemos llegao. Ya estarás satisfecha.

ROSA.—Sí que lo estoy.

ALC.—El demonio que os entienda a las mujeres. Cuando estabas al lado
de Jeremías no pagabas su cariño más que con desprecios, y desde que se lo tra-
jeron al cuartel, no has pensado más que en venir a verlo. Pues ya estás aquí. ¡Qué
contento se va a poner! Y el muy bruto me aseguraba que tú no le querías.

ROSA.—No es tan bruto, tío.

ALC.—¡Qué ha de ser! Lo que hay es que tú le tiés atontao. ¿Por donde an-
dará ahora? ¡Eh! ¡Militar!

CENT.—¿Qué hay?

ALC.—¿Sabéis de un soldado nuevo a quien llaman por mal nombre Jeremías?

CENT.—No le conozco. Buscad al capitán y preguntádselo.

ALC.—¿Y por dónde anda el capitán?

CENT.—Por allá dentro.

ALC.—Pues espérame aquí. Al momento salgo. (Vase por el último término.)

Rosa, sola.

MÚSICA

Mi tío se figura
que por mi primo
vine aquí yo,

mas no es por Jeremías,
que vengo sólo
por mi pastor.

[burlé,
Yo que siempre de los hombres me
yo que siempre de los novios me

[ref,
yo que nunca sus lisonjas escuché,
hoy en busca de un amante vengo

[aquí,
Quiero ver si me ha olvidado el muy
[bribón,

quiero ver si su palabra cumple fiel
y si guarda en su amoroso cora-
[zón

el amor que guarda el mío para él.
¡Ay, de mí! ¡Ay, de mí!
Si acabaré llorando

yo que siempre ref.
En mi pecho del amor jamás ¡sentí
el inquieto y angustioso palpar

mas si incauta entre sus redes me
[prendí,
¿qué he de hacer si no lo puedo re-
[mediar?

¡No está bien que con engaño y sin
[rubor
atrevida busque al novio en el cuar-
[tel,

pero es tanto mi cariño a ese pas-
[tor
que al infierno si es preciso iré por

¡Ay, de mí! ¡Ay, de mí! [ell
Si acabaré llorando,
yo que siempre ref.

(Se queda pensativa junto al cuerpo de
guardia.) Dicha y el Rey.

REV. Mientras con los reclutas
él ocupado está,
me marchó alegre y solo,
con toda libertad.
con toda libertad.

Y luego... ¡que me busquen!

¡Ay, pobre general!

¡Cuando mi carta lea
qué salto va a pegar!

(Se dirige resueltamente a la derecha.

ROSA. ¡Es él! (Sorprendida.)

REV. ¿Qué miro? ¡Rosal

¡Feliz casualidad!

¿Tú aquí?

ROSA. Por Dios, prudencia,
que pueden observar.

En busca de mi primo

mi tío vino acá,

y yo, sólo por verte,

le quise acompañar.

REV. ¿Por mí?

ROSA. Por tí. ¿Lo dudas?

REV. ¡Oh, qué felicidad!

¡El sí que fué mi encanto

escuche una vez más!

ROSA. Siempre lo escucharás.

REV. Si es verdad que este pobre sol-
te inspira ese amor; [dado

si por mí solamente has venido
venciendo el temor,

no te niegues a darme la prueba
que exijo de tí:

ven conmigo, seremos felices
muy lejos de aquí.

ROSA. ¡Marchar contigo!

Calla, por Dios,

ni tú eres libre

ni lo soy yo.

REV. ¡Lazos odiosos
rompamos ya,
goza conmigo
de libertad!

Sin que nadie sospeche la fuga,
juntitos los dos,

de la dicha que amor nos ofrece
volemos en pos.

¡De mi puro cariño el tesoro

será para tí;

no vaciles, no dudes, no temas;
huyamos de aquí!

ROSA. (De su voz el acento amoroso

a mi alma llegó.

¡Ay de mí, que no puedo aunque
decirle que no!) [quiera

En el bien que me ofreces con-
no vivo sin tí; [fío;

no vacilo, no dudo, no temo;
marchemos de aquí.

ROSA. Yo diera, atrevida,
mi vida
por tí.

REV. Al punto queremos,
marchemos
de aquí.

LOS DOS. Felices
seremos.

Al punto
volemós;
marchemos
de aquí.
(Vanse.)

Jeremías, el General y Reclutas, que pasan de derecha a izquierda, lo mismo que antes, en sentido contrario.

HABLADO

GEN. Y REC.—¡Un, dos! ¡Un, dos!

GEN.—¡Y ese gobernador sin venir! ¡Un, dos! ¡Un, dos! (Vanse dentro.) ¡Alto!

¡Descansen!

ALC.—¡Sobrino! (Dentro.)

JER.—¡Tío! (Idem.)

ALC.—Gracias a Dios que te echo la vista encima.

Centinela, Alcalde y Jeremías entrando en escena.

ALC.—Ven acá, hombre, ven acá. Aquí está Rosa, que se ha empeñado en venir conmigo sólo por verte.

JER.—¿Por verme a mí, eh? Por ver al otro sí que habrá venido.

ALC.—¿A qué otro?

JER.—Al pastorcillo con quien bailó la otra noche en el pueblo.

ALC.—Pero qué desconfiado eres. Ahora te convencerás. Vas a oír de la propia boca de tu prima que está muerta por tus peazos, peazo de bruto. Me parece que fué en este patio donde yo la dejé esperándome. ¡Rosa! ¡Rosa! ¿Dónde está esa chica? Pues aquí fué, sí, porque esta es la entrada del cuartel, y el mismo centinela. ¡Centinela!

CENT.—¿Qué ocurre?

ALC.—¿Sabéis dónde está esa muchacha que venía conmigo?

CENT.—Hace poco salió de aquí con un recluta.

ALC.—¿Con un recluta?

JER.—¡Con el otro! ¿No os lo decía yo? ¡Maldita sea mi!...

ALC.—Pero, ¿adónde han ido?

CENT.—Yo qué sé. Por esa puerta, hacia el campo se fueron.

ALC.—¡Demonio! ¡No están las caballerías! (Viendo desde la puerta.)

JER.—¿Lo veis? Se han escapado juntos.

ALC.—Voy a dar parte al capitán inmediatamente. Y a ella, en cuanto la coja, le pego una paliza que la deslomo. (Vase puerta primer término izquierda.)

JER.—Pues yo no me quedo así. Voy corriendo a ver si los alcanzo. (Vase.)

General y después un Corneta.

GEN.—Nada, nada, no aguanto más. Al rey le divertirán estas bromitas, pero a mí no me hacen maldita la gracia.

CORN.—(Sí, este es.) ¡Eh!

GEN.—¿Qué hay?

CORN.—Una carta que me han dado para vos, con el encargo de no entregáros-la hasta que acabárais la instrucción.

GEN.—¡Una carta! ¿De quién?

CORN.—De un recluta que debe de estar bien de dinero, porque me ha dado una buena propina. Tomad.

GEN.—¿Qué será esto? (La abre.) ¡Letra del rey! Está bien. Vete.

CORN.—Con dinero en la bolsa no hay más camino que el de la cantina. (Vase.)

GEN.—(Leyendo.)

«Harto ya de tus consejos,
quiero hacer mi voluntad,
y me voy lejos, muy lejos,
ansioso de libertad.

No intentes seguir mi pista,
pues adonde voy no aciertas,
General, hasta la vista.

Salud y que te diviertas.»

Esto sí que no lo esperaba yo. ¡Ay! A mí me va a dar algo. ¡El rey solo por ahí! Esto es imposible. Mi responsabilidad es tremenda. Ha llegado el caso de descubrirlo todo y de averiguar a todo trance su paradero. ¡Capitán! ¡Capitán! ¡A ver! ¡Aquí inmediatamente! ¡Yo lo mando!

SOLD. 1.º—¿Qué es es eso?

SOLD. 2.º—¿Qué pasa?

SOLD. 3.º—¿Qué sucede?

GEN.—¡Al instante, que se me presen e el capitán!

Dichos, el Capitán y el Alcalde.

CAP.—¡Eh! ¿Qué voces son estas?

ALC.—Este es el compañero del recluta que se ha escapao con mi sobrina.

GEN.—¿Qué decís? ¿No se ha escapado solo? ¡Esto es mucho peor! ¡Capitán! Necesito inmediatamente un caballo y fuerza que me escolte.

CAP.—¿Qué dice este hombre?

GEN.—¿Sabéis quién es el que se ha fugado?

ALC.—¡Un granuja!

GEN.—¡Es el rey!

CAP.—¡El rey! A este hombre se le ha subido el vino a la cabeza.

GEN.—¿Sabéis quién soy?

ALC.—¡Un borrachín!

GEN.—¡Soy vuestro general! ¡El consejero de la Guerra!

CAP.—¡Buena la habéis cogido, buena!... ¡Bonito ejemplo vais a dar a los reclutas, vive Dios!

GEN.—Os repito que...

CAP.—Basta ya. A ver: cuatro hombres y que lo conduzcan a un calabozo. (Se acercan los cuatro soldados.)

GEN.—¿A un calabozo a mí? ¿A vuestro general?

CAP.—Encerradle, que allí se le refrescará la cabeza. (Se apoderan de él cuatro soldados y se lo llevan violentamente.)

GEN.—¡Repito que soy el general! ¡Respetadme todos que soy el consejero de la Guerra! ¡Que soy el general! (Gritando. Vanse por último término izquierda.)

El Capitán y el Alcalde.

CAP.—¡Vaya una manía que le ha entrado al hombre y qué mal vino tiene!

ALC.—(Angustiado.) Pero, decidme, capitán, ¿qué hacemos? Yo necesito saber dónde está mi sobrina.

CAP.—¿Y qué me importa a mí vuestra sobrina? Al recluta, cuando vuelva, ya le daré yo su merecido.

ALC.—¿Y si no vuelve? ¿Y si no se le encuentra?

CAP.—Si no se le encuentra... se le castigará.

Dichos y el Gobernador.

CAP.—¡Eh! ¿Quién viene?

GOB.—¡Salud! ¿El jefe de este cuartel?

CAP.—¿Qué deseáis? Soy yo.

ALC.—¡Qué veo! Este es el envío del Gobierno que me dió el dinero para repartirlo.)

GOB.—¿No me conocéis? (En voz baja y acercándose al capitán.)

CAP.—No os conozco.

GOB.—Mirad. (Se desemboza y muestra la banda.)

CAP.—¡La banda de consejero! Estoy a vuestras órdenes. (¿A qué vendrá aquí?)

GOB.—Oid. Os supongo enterado de todo lo que ocurre por el general.

CAP.—(¡Santa Bárbara bendita!)

GOB.—Me ha escrito para que venga a buscar al rey.

CAP.—¡El rey! ¡El general! ¿Luego eran ellos?

GOB.—¡Pero no lo sabiais?

CAP.—Yo lo ignoraba todo y el rey se ha escapado.

GOB.—¿Qué decís?

CAP.—Y yo he mandado encerrar al general en un calabozo creyendo que no estaba en su sano juicio al decirme quién era.

GOB.—¿Qué habéis hecho?

CAP.—¡Una barbaridad! ¡Ahora lo conozco! ¡Tambor! ¡Corneta! ¡Que toquen generala!

GOB.—Pero, el general, ¿dónde está? (Se presentan algunos soldados.)

CAP.—Acompañad a este señor y que pongan en libertad al momento al jefe de los reclutas... digo, al general... digo... no sé lo que me digo. Id, id vos a sacarle. Yo no me pongo en su presencia. (Tocan generala y salen a la escena el tambor y ocho soldados con armas. Vase el gobernador.)

ALC.—¿Pero qué pasa?

CAP.—Que el recluta que se fugó era el rey en persona.

ALC.—¡Mi sobrina acompañada por el rey! ¡Qué honra para la familia! Se lo voy a decir a Jeremias. ¿Por dónde se habrá metido ese muchacho? (Vase.)

CAP.—¡A ver! ¡Soldados! ¡De dos en fondo! ¡Armas al hombro! ¡Media vuelta a la derecha! (Lo ejecutan.) (Yo encuentro al rey, vaya si lo encuentro.) ¡Paso redoblado! ¡March! (Saca la espada y se pone al frente. Vase con los soldados.)

MUTACIÓN

INTERMEDIO

Telón de campo: las eras en estío

CORO. (Interior.)
Alegres segadores,
sin miedo a las fatigas,
dispuesto al trabajo,
al campo vamos ya.
El trigo nos ofrece

doradas las espigas,
que luego nuestra mano
segura cortará.
¡Vamos allá!
¡Vamos allá!
¡Tralará! ¡Tralará! (Se alejan.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Patio de una casa de labranza. A la izquierda habitación baja, cuyo interior da frente al público, con puerta a la izquierda, y la de la derecha, que da al patio. En segundo término izquierda otra puerta. En la habitación, escalera practicable que conduce al piso superior, el cual tendrá ventana frente al público. Al foro tapia o cerca. A la derecha, último término, el portón que da entrada al patio. Puerta en segundo término. Es de noche.

MÚSICA

Oyese lejano el coro de los segadores, que se van acercando durante el diálogo

¡Tralará! ¡Tralará!

Juan sale de la cocina, y María, que sale de la alcoba a la habitación baja; luego Lorenzo

JUAN.—¡María! ¡María! ¡Que ya vienen los segadores!

MARÍA.—(Saliedo al patio.) Aquí estoy, hombre, aquí estoy.

JUAN.—Veremos si esta cuadrilla se porta también como la del año pasado.

MARÍA.—¿Por qué no? ¡Pobrecillos! (Yendo a la puerta.) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

LOR.—¿Qué mandais, mi ama?

MARÍA.—Ya puedes freir las migas, que los segadores están llegando. (Retírase Lorenzo.)

CORO.—(Dentro y ya muy cerca.)

Andando, segadores;
la noche se avecina;
el sol tras la montaña
sus rayos hunden ya;
del fondo de los valles
se eleva la neblina,
que con su luz la luna
muy pronto rasgará.
¡Andando ya!
¡Andando ya!

¡Tralará! ¡Tralará!
JUAN. }
MARÍA. } ¡Aquí está ya!
Dichos Rey y Rosa; coro de segadores y de segadores.
CORO. }
REY. } ¡Salud a nuestros amos!
ROSA. }
JUAN. }
MARÍA. } Seais muy bien venidos.
CORO. } Dispuestos aquí estamos,

ansiendo trabajar.
Por la faena ruda
no nos veréis rendidos,
¡Mañana decididos
iremos a segar!

MARÍA. Pronto estará la cena,
en tanto, descansad.

REV. (A ROSA.) (No estás tan pensativa.
que van a sospechar.)

ROSA (Tienes razón. (Al rey.)
Oid, compañeros,
mi alegre canción.

CANCIÓN

Por entre las mieses,
a su ocupación,
va la segadora
con el segador,
sin temer los rayos
del ardiente sol,
que ambos en sus venas
llevan más calor.
Y por los trigos
viéndolos ir,
los maliciosos
suelen decir:
¿A dónde diablos
frán los dos
juntos por esos
trigos de Dios?
Y ellos, ¡pobrecitos!
no piensan más
que en ir cortando espigas
¡Ris-ras!

¡Ris-ras!
Y mirando al suelo
van a compás,
haciendo con las hoces

¡Ris-ras!

¡Ris-ras!

CORO. Y ellos, ¡pobrecitos!
no piensan más, etc.

(Imitan el movimiento y el sonido de la hoz,
inclinándose hacia el suelo como si segaran.)

ROSA. Juntos en la siega,
van de dos en dos,
y la segadora
dice al segador:
«No te acerques tanto
no seas atroz,
no vaya a cortarte
algo con la hoz.
La falda corta
permite ver
hasta el tobillo
de la mujer.
Y hay quien supone
que el segador
se inclina mucho
por ver mejor.
Y ellos, ¡pobrecitos!
no piensan más
que en ir cortando espigas
¡Ris-ras!
¡Ris-ras! etc.

CORO Y ellos, ¡pobrecillos!
no piensan más, etc,

HABLADO

JUAN.—¡Ea! ¡Ea! A cenar y en seguida a dormir, que buena falta os hará a todos. ¡Andando! ¡A la cocina! (Van delante Juan y María. Les siguen los segadores. Música en la orquesta.)

Rey y Rosa

REV.—Rosa, ¿qué tienes? ¿estás triste? ¿No eres feliz conmigo?

ROSA.—Estoy inquieta por tí. Si acaso llegaran a descubrir que eres un desertor...

REV.—No temas. Este disfraz nos libra de todo peligro.

ROSA.—Sí, pero yo no debo olvidar que puedes pagar tu falta con la vida.

REV.—Tranquízate; dueño mío. No hables de temores cuando el porvenir nos sonríe con sus ensueños de amor y de ventura: Para mi completa felicidad, no necesito más que una cosa: saber que tú me quieres.

ROSA.—¿Acaso lo dudas, cuando solo por tí he abandonado mi hogar, exponiéndome a ser desgraciada?

REV.—¡Eso no! Yo conseguiré hacerte dichosa. ¡Te lo juro! (La abraza besándole la mano.) ¡Mi amor será tuyo siempre, siempre!

Dichos y Juan

JUAN.—(Volviendo hacia dentro desde la puerta.) Gracias, que aproveche.

REV.—(Besándole en la otra mano.) ¡Siempre!

JUAN.—¡Que aproveche también!

REV Y ROSA.—¡Ay! (Separándose.)

JUAN.—Por lo visto sois novios ¿eh?

JUAN.—¡Pues andando a la cocina, que el amor es un alimento muy flojo para los trabajadores, y mañana, en la era, ya tendré yo buen cuidado de que no os pongan juntos! Adentro; a cenar, que os están esperando unas migas con torreznos, que están diciendo: «comedme.»

REV.—¡Migas con torreznos! ¡Deben de ser muy sabrosas! (A Rosa.)

ROSA.—¿Pues qué? ¿Siendo pastor no las has comido nunca?

REV.—¡Sí!... ¡Sí!... Muchas veces; pero es que ahora voy a comerlas con torreznos... y contigo. (Vanse a la cocina.)

Juan, María y Lorenzo que han salido un momento antes

JUAN.—Estos sí que me parece que van a hacer buenas migas.

MARÍA.—(A Lorenzo.) Ya lo sabes, Lorenzo; en cuanto acaben de cenar, arriba, al pajar todos los hombres y las mujeres que se acuesten en la cocina.

LOR.—Está bien, mi ama. ¿Soltamos hoy el perro como todas las noches?

MARÍA.—¡Naturalmente!

JUAN.—¿Para qué? Habiendo tanta gente en la casa, no sé a qué tienes miedo.

MARÍA.—No importa, suéltale, como siempre; pero no te olvides de atrancar la puerta, no se vaya a meter en la cocina y asuste a las mujeres.

JUAN.—¡Está bien, mi ama!

MARÍA.—Buenas noches, Lorenzo.

LOR.—Buenas noches nos dé Dios.

JUAN.—Hasta mañana, si Dios quiere. (Juan y María entran en la habitación. Música en la orquesta. Preludio nocturno. Lorenzo cierra la puerta de la cocina. Se dirige luego a la puertecilla de la derecha y sale con el perro, a quien acaricia, retirándose con él por el último término de la izquierda. La escena queda sola. Al acabar el preludio suenan tres aldabonazos en el portón. Ladra dentro el perro... o quien lo imite. Otros tres aldabonazos. Ladra el perro más furioso.)

MARÍA.—(Sale de la alcoba apresuradamente.) ¿Quién llamará a estas horas?

JUAN.—Aguarda. Veré yo. (Ya en el patio. Ladra el perro.) ¡Quieto, chuchó! (Junto al portón.) ¿Quién es? ¿Quién llama?

JER.—(Dentro.) ¡Gente de paz! ¡Abrid, por favor!

JUAN.—Aguardad un momento. ¡Chuchó, no gruñas! ¡Ven acá! (Coge el perro y lo lleva por la puertecilla de la derecha.)

JER.—¡Abrid, abrid, por Dios! ¡Yo os lo ruego! ¡Yo os lo suplico. (Dentro.)

JUAN.—Puedes abrir, mujer, que ya está atao el perro.

MARÍA.—¡Voy, voy! ¿Quién será? (Abre el portón.) ¡Un soldado!

Dichos y Jeremías

MÚSICA

JFR. ¡Por Dios! ¡Por la Virgen!

auxilio prestad

a un pobre recluta

que es moro de paz.

Yo, loco, olvidando

la ley militar,

siguiendo a una ingrata

mujer desleal

huí de las filas

catorce horas há,

y prófugo ahora

me van a juzgar.

El día he pasado

con mucha ansiedad,

por montes y valles

corriendo al azar.

Y ahí cerca, en los trigos,

sin cama, ni pan

oculto la noche

pensaba pasar:

de pronto oí pasos

y vi al capitán

con ocho soldados

y dos hombres más.

La luna me vende

con su claridad:

si sigo el camino

me van a alcanzar;

por eso, resuelto,

me vengo hacia acá

y al ver esa puerta

me atrevo a llamar.

Tan solo confío

en vuestra bondad;

estoy jadeante

sin fuerza estoy ya.

Me siguen, me buscan,

me van a pillar,

y entonces me matan

con seguridad.

No soy, os lo juro

ningún criminal.

decídmeme en qué sitio
me puedo ocultar.
Llorando es lo ruego,
tened caridad,
bajadme a la cueva,

subídmeme al desván.
¿En dónde me meto?
¡Por Dios! ¡Contestad.
Y luego, si llegan...
¡no me descubráis!

HABLADO

JUAN.—¿De modo que eres un desertor?

MARÍA.—¡Pobrecito!

JER.—¡Por las once mil vírgenes! ¡Ocultadme!

JUAN.—No puede ser. Nos exponemos a que te encuentren y nos castiguen como encubridores.

JER.—¡Esta noche no más! En cuanto amanezca me marcho.

MARÍA.—Siendo sólo por esta noche...

JUAN.—¡Repito que no puede ser!

MARÍA.—Ven acá, hombre, ven acá. (A Juan llevándole aparte.) Ten lástima de ese pobre muchacho. (Jeremías va al portón y mira hacia fuera.) Nosotros no sabemos lo que es tener hijos, pero figúrate que hubiéramos tenido uno y que se encontrara en el caso de ese infeliz.

JUAN.—Mujer... (Siguen hablando en voz baja.)

JER.—(¡Por allí bajan! ¡No hay duda! ¡Estoy perdido! ¡Si! ¡Aquí me meto!) (Se mete en donde está el perro.)

MARÍA.—(A Juan.) Sí, hombre, sí. Ten buen corazón.

JUAN.—Está bien, mujer. (Se oyen fuertes lamentos y ayes de Jeremías.)

JER.—(Dentro.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro!

JUAN.—¡Eh! ¿Qué es eso?

JER.—(Saliendo despavorido y con el calzón roto por... por mala parte.) ¡Favor

JUAN.—¿A quién se le ocurre meterse ahí?

JER.—A mí, que siempre se me ocurre lo peor.

MARÍA.—Pero ¿te ha mordido el perro?

JER.—¡Me ha destrozao! ¡Mirad!

JUAN.—¡Si no ha sido más que el calzón!

JER.—¡Ha sido más! ¡Ya lo creo que ha sido más!

MARÍA.—Ven, ven y te curaremos.

JUAN.—¡No, mujer! ¡Le curaré yo solo!

MARÍA.—Tienes razón, no me hacía cargo.

JER.—¡Ay!... ¡Ay!... Por Dios, no digáis a nadie que estoy aquí.

JUAN.—Entra, hombre, entra, y no tengas cuidado. (Entran en la habitación.)

MARÍA.—¡Pobre muchacho!

JUAN.—Pasa, pasa a la alcoba. (Vase después de cerrar la puerta que da al patio.)

JER.—¡Ay! ¡Maldito perro! ¡Bien digo yo que tengo una suerte muy perra! (Vase)

Maria, General, Gobernador y Capitán. Luego el Rey. (Toda la pieza musical con gran misterio. Suenan unos aldabonazos, María, con gran temor, dirígese al portón y lo abre.)

MÚSICA

GEN.

GOB.

CAP.

MARÍA.

GEN.

(Al capitán.) Poned guardias.
(El capitán habla con los soldados que quedan fuera.)

MARÍA.

(¡Ellos son!)

GEN.

GOB.

CAP.

MARÍA.

GEN.

Indaguemos, preguntemos,
con prudencia y discreción.¡

¿En qué puedo yo servirlos?

¡Al momento contestad! ¡ta?

¿Se ha ocultado aquí un reclu-

MARÍA. ¡No lo he visto!

GEN.

¡No es verdad!
(Asomándose a la ventana del pajar que da al público.)

(¿Qué es lo que escucho?

¡Ellos aquí!

¡No cabe duda!

¡Vienen por mí!)

GEN.

(Al gobernador.)

(Si dió dinero,

le ocultarán.)

GOB

(Al general.)
(No desistamos
de nuestro plan.)

GEN. } Un recluta se ha escapado
GOB. } y sabemos que está aquí!
MARÍA. } ¡No neguéis, porque es inútil!
REV. } ¡Tal recluta yo no vi!
(Claro está que no me ha visto,
pues yo soy un segador;
este traje me ha salvado.)

GEN. } ¿Estáis cierta?

MARÍA. } ¡Sí, señor!

GEN. } (No hay que fiarse,
GOB. } preciso es ver
si nos engaña
esta mujer.)

REV. } ¿Cómo demonios
han de pensar
que les escucho
desde el pajar?)

CAP. (Al general y gobernador.)
(Ya están puestos centinelas
que vigilen sin cesar,
y la fuga es imposible;
os lo puedo asegurar.)

GEN. } (No conviene que esta gente
GOB. } pueda nunca sospechar
que el monarca es el recluta
que venimos a buscar.) [tra

MARÍA. (Del peligro en que se encuen-
yo a ese pobre he de salvar;
sólo temo que la casa
quieren luego registrar.)

REV. (Si han pensado que en sus
[manos,
hoy aquí me he de entregar,
¡infelices consejeros,
ay, qué chasco os voy a dar!)

HABLADO

GEN.—Buena mujer, os advierto que os exponéis mucho ocultando en vuestra casa a un desertor.

MARÍA.—Yo os repito que...

GOB.—Estamos ciertos que ha entrado aquí.—Un labrador nos lo ha asegurado hace un momento.

MARÍA.—Yo...

GEN.—Si con dinero ha comprado vuestro silencio, nosotros estamos dispuestos a daros doble cantidad en cuanto nos digáis dónde se oculta.

MARÍA.—Pero, si...

GOB.—¿Cuánto os ha dado?

MARÍA.—¡Nada!

GEN.—¡Mentira!

MARÍA.—Os juro que el pobrecillo no me ha dado nada.

GEN.—¡Ah! ¡Luego está aquí!

GOB.—¡No nos habíamos engañado!

REV.—(¿Qué dice esta mujer?)

MARÍA.—Pues, bien, sí. Pero yo os suplico que le perdonéis. Está arrepentido de lo que ha hecho, y me rogó que no le descubriera.

REV.—(¿De quién hablará?)

GEN.—Nada temáis. Ningún peligro le amenaza. Pero, decidnos: ¿ha venido solo?

MARÍA.—¡Completamente solo!

GEN.—¿Qué habrá hecho de la muchacha? (Al gobernador.) ¿Y dónde está ahora?

MARÍA.—Pues está allá dentro, en nuestra alcoba, curándose.

GEN., GOB. Y CAP.—¡Curándose!

GEN.—¡Acaso se ha puesto malo!

GOB.—¿Qué tiene?

MARÍA.—Que por una imprudencia suya el perro que tenemos para guardar la casa le mordió cuando fué a esconderse.

GEN.—¡Jesús!

GOB.—¡Qué desgracia!

GEN.—¡El rey mordido por un perro!

MARÍA.—¿El rey? ¿Habéis dicho el rey?

GEN.—¡Silencio! Que no se entere nadie.

REV.—(¿Pero qué enredo es éste?)

GOB.—Hay que apoderarse del perro. Es preciso roconocerlo.

GEN.—Pudiera estar atacado de hidrofobia.

GOB.—¡Qué conflicto para la nación!

GEN.—¡Qué responsabilidad para nosotros!

MARIA.—(Y mi marido sin sospechar una palabra

GEN.—¿Dónde está ese animal?

MARIA.—Allá dentro con el rey.

GEN.—¿Se ha encerrado con el perro?

MARIA.—¡Ah! ¡No, señor! Como preguntásteis por ese animal, creí que hablábais de mi marido.

GEN.—¿Y qué nos importa a nosotros vuestro marido?

MARIA.—Podéis tranquilizaros. No hay peligro ninguno. El perro está bien atado.

CAP.—¡Atreverse a morder al rey! ¿Decís que está bien atado? Ahora mismo voy y lo atravieso de parte a parte.

GOB.—No. ¡De ningún modo! Hay que ponerle en observación. Nos lo llevaremos a Palacio. Que el rey no se entere de nuestros temores.

GEN.—Decís bien. La sola aprensión bastaría acaso para hacerle rabiar.

REV.—(¿Qué he de rabiar yo? ¡Los que vais a rabiar sois vosotros!)

Dichos y Juan que sale de la alcoba

JUAN.—Estate tranquilo, muchacho. Al principio escuece un poco, pero ya verás qué pronto se te pasa. (Dirigese a la puerta.) Le ha clavado los dientes de firme. (Abre la puerta y dice viendo al general y acompañamiento.) ¡Dios mío! ¡Las tropas!

MARIA.—Ven, ven acá. Ya lo saben todo.

GEN.—¿Quién es ese hombre?

MARIA.—Mi marido.

JUAN.—Servidor vuestro.

GEN.—¿Habéis visto la herida?

JUAN.—Ya lo creo que la he visto.

GEN.—¿Y es grave?

JUAN.—Grave, no; pero tie para rascar unos cuantos días ese pobre mucnacho.

MARIA.—(A Juan.) ¡Que es el rey!

JUAN.—¡Ah! ¡Señor! Perdonad, (Arrodillase ante el general.) No sabía quien érais.

MARIA.—(A Juan.) No. ¡Si el rey es el otro!

JUAN.—¿Cual?

MARIA.—(El que está dentro. El recluta.)

JUAN.—(¡Ave María Purísima! ¡Y yo que le he dao friegas con sal y vinagre!)

GEN.—¿En dónde le ha mordido?

JUAN.—Pues ahí, al meterse ahí. (Indica la puerta.)

GEN.—Pregunto ¿que dónde tiene la herida?

JUAN.—¡Ah! Pues... en... en... ¡vamos, que no puede sentarse!...

GEN.—Esto es lo peor. ¿Cómo nos lo llevamos ahora a Palacio? ¡A caballo es imposible!

REV.—(Yo necesito saber quien es ese recluta.) (Se retira.)

GEN.—¡A ver! ¿Tenéis algún carro que pueda acondicionarse para llevar cómodamente a una persona?

JUAN.—Sí, señor; tengo una carreta con toldo, y echando dentro bastante paja, se va tan ricamente.

GEN.—Preparadla al punto y cuidado con que nadie se entere de cuanto aquí ha sucedido.

JUAN.—Descuidad, descuidad. Ven conmigo, María.

MARIA.—Yo estoy que no se lo que me pasa.

JUAN.—(Pues yo estoy atontao.) (Vanse María y Juan último término izquierda.)

general, Gobernador, Capitán y el Rey que baja cautelosamente por la escalera del pajar

GEN.—No hay más remedio. Basta ya de aventuras. El regreso del rey a la corte es indispensable.

GOB.—Bueno, pues entrad y decidse lo.

GEN.—¿Yo? ¡Un demonio! A mí me ha perdido ya el respeto. Ya visteis la carta con que se despedió al escaparse del cuartel.

GOB.—¿Entonces qué hacemos?

GEN.—Pues... no lo sé.

REY.—(Que ha bajado a la habitación y entreabre las cortinas que cubren la puerta de la alcoba.) ¡Qué ve! ¡Si es Jeremías! ¡El primo de Rosa!

GEN.—Me parece que esto es lo mejor.

REY.—(Mirando a la alcoba.) (Está cosiéndose los calzones. La ocupación es poco digna de un monarca.) (Se acerca a la puerta que da al patio y escucha.)

GEN.—Sí. Decididamente. Es el único medio. Escuchad. (Al Gobernador llevándolo cerca de la puerta.) El rey ignora que hemos venido en su busca.

REY.—¡Claro! No sé ni una palabra.)

GEN.—Y conviene que no sepa que hemos estado aquí

GOB.—Estoy conforme.

GEN.—Ya le conocéis. Es un chiquillo caprichoso

REY.—(Gracias.)

GOB.—Tiene un carácter insufrible.

REY.—(Muchas gracias.)

GEN.—Sólo por llevarnos la contraria, será capaz de negarse a volver a Palacio.

REY.—(Y tan capaz.)

GEN.—Por eso creo lo más conveniente que sea el capitán quien se encargue de verle.

GOB.—Eso es lo mejor.

REY.—¡Muchísimo mejor! Ese no me conoce.

GEN.—¡Capitán!

CAP.—¡Mi general! (Acercándose.)

GEN.—Hay un solo medio que yo olvide las ofensas que me habéis inferido.

CAP.—Decid, señor. No deseo más que complaceros.

GEN.—Por razones... de Estado, que no necesitáis conocer, es preciso que el rey ignore que el gobernador y yo hemos estado aquí.

CAP.—Lo ignoraré.

REY.—(Lo ignoraré.) (Imitando la voz del capitán.)

GEN.—Nosotros nos volvemos inmediatamente a Palacio.

REY.—(Me alegro de saberlo.) (Sube la escalera.)

Dichos, María y Juan

JUAN.—¡Señor!

GEN.—¿Qué hay?

JUAN.—Ya está dispuesto todo.

GEN.—Bueno, bueno; esperad. Oid, capitán. (Habla aparte con él.)

GOB.—(A Juan.) Decidme, buen hombre. ¿Qué distancia hay de aquí a la corte?

JUAN.—Pues por el atajo habrá unas cuatro horas.

GOB.—Perfectamente. Disponeos a venir con nosotros.

JUAN.—¿Yo? ¿A dónde?

GOB.—A Palacio.

MARÍA Y JUAN.—¡A Palacio!

GOB.—Vais a llevar el perro. Sacadlo inmediatamente y bien sujeto.

JUAN.—Pero señor...

GOB.—No admito réplicas. (Vase al lado del general y del capitán.)

MARÍA.—Haz lo que te ordenan y calla,

JUAN.—Vaya si callo. (A María.) ¿A que todavía hacemos nuestra fortuna por Jordisco?

MARÍA.—¡Quién sabe! Yo en cuanto salga el rey voy a pedirle que me haga algo.

JUAN.—¿Qué te va a hacer a ti?

MARÍA.—¡Toma! Pues... posadera de cámara.

JUAN.—Sí, sí. Bueno está él ahora para que te hablen de posaderas. (Entra en busca del perro.)

GEN.—(Al capitán.) Ya lo habeis oido. Me respondéis con vuestra cabeza del cumplimiento de mis órdenes.

CAP.—Podéis marchar seguro de que yo lo conseguiré. Creo que todo ello es nada más cuestión de táctica.

GEN.—No me habléis de táctica.

CAP.—Perdonad, mi general. (Como están colocados junto a la puerta del cuarto donde está el perro y al oír los ladridos de éste todos los personajes se separan asustados.)

GEN.—(Dando un salto.) ¡Zambomba!

JUAN.—¡No os asustéis. (Sacando sujeto al perro.)

GEN.—¡Ah! Ya está aquí. Andando. Gobernador; no perdamos tiempo.

GOB.—Sí, vamos.

JUAS.—Pasad, señores.

GEN.—¡No! El perro delante. (Por si acaso.) ¡Capitán, os lo repito, [me respondéis con vuestra cabeza! ¡Andando!

GOB.—¡Andando! (Vanse por el portón, Juan con el perro, el general y el gobernador; el capitán les acompaña.)

MARÍA.—¡Vamos... yo estoy cada vez más aturdida!... ¡Pensar que tengo nada menos que al rey metido en mi cuarto! (Vase por el último término izquierda.)

JER.—(Saltando de la alcoba.) No hay nadie. ¿Si se habrán acostao ya? Desde el rancho de esta mañana, no ha entrao bocao en mi cuerpo. ¡Pa bocao, el que me dió ese maldito animal! Si yo supiera que no andaba por ahí, saldría a buscar algo que comer. (Mirando por la puerta.) ¡Chucho... chucho!... No 'está. Puedo salir.

MARÍA.—(¡El rey!) (Acercándose a él y arrodillándose de pronto.) ¡Señor!...

JER.—(¡Ay, qué susto me ha dado!) (Dando un salto.)

MARÍA.—Señor, permitidme que bese vuestra mano. (Se la coge y se la besa.)

JER.—(¡Demonio!)

MARÍA.—Ved en mí la más humilde de vuestras servidoras.

JER.—(¿Qué es esto?)

CAP.—(Que aparece por el portón.) (¡El rey! ¡Valor y serenidad!)

JER.—¡Soldad, soldad y levantaos! (A María.)

CAP.—¡Señor!... (Arrodillándose.)

JER.—¡María Santísima! ¡El capitán! (Arrodillándose también.)

CAP.—Miradme a vuestras plantas. Perdonad si me atrevo a llegar hasta vos, pero tengo órdenes superiores de conducirlos a Palacio... (El capitán y Jeremías van levantándose lentamente y a un tiempo.)

JER.—(¡A Palacio!)

CAP.—Vuestra presencia allí es indispensable. Yo quisiera poder ofrecerlos una carroza digna de vos; pero aquí, señor, no hay disponible más que una miserable carreta.

MARÍA.—Es lo único que tenemos, señor.

JER.—(Pero ¿por quién me toman?) (Asombrado.)

CAP.—¿Estáis dispuesto a que os acompañe? Yo...

JER.—Llevadme adonde queráis.

CAP.—¡Ah, señor! Tanta bondad para conmigo... A ver... (A María.) Id al momento. (Dirigiéndose al portón.) ¡Soldados!

JER.—(¡Dios mío de mi alma!... ¿Qué irán a hacer conmigo? (Aparecen a un tiempo los soldados y el tambor por el portón, y la carreta con farolillo encendido en la parte delantera izquierda, guiada por Lorenzo por el último término izquierda. Los soldados se colocan en dos filas, de espaldas a la casa.)

CAP.—¡Formen! ¡Presenten armas!

JER.—(¡Estoy soñando! ¡Esto debe de ser una pesadilla!...)

CAP.—Subid, señor.

JER.—(Y a todo esto sin darme de comer.)

CAP.—La carreta está llena de paja. Iréis cómodamente.

MARÍA.—¡Señor, permitidme que bese nuestra mano por última vez!

JER.—(Pero, ¡qué besucona es esta vieja!)

CAP.—Cuando gustéis.

JER.—(¡Vaya, arriba, y sea lo que Dios quiera!) (Sube a la carreta.)

CAP.—(A María.) ¡Cuidado con que nadie sepa que es el rey! El que ha estado aquí no es más que un recluta desertor. ¡Batan marcha!...

MÚSICA (Los soldados escoltan la carreta con el capitán al frente, Jeremías, asustadísimo)

mo, saca la cabeza por una abertura de la parte lateral del toldo. La carreta sale por el portón. María sigue arrodillada. El rey los ve desde la puerta de la casa.)

MARÍA, ROSA y el Rey.
ROSA. ¡Gran Dios! ¡Decid! ¿Qué es (A María.) [eso?]
REY. ¡Es él! ¡Yo bien temía!
¡Lo llevan!... ¡Ay de mí!
(Presentándose de pronto.)
¡No llores, Rosa mía,
que estoy aquí!
(Se abrazan. María los mira atónita.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

Jardín de palacio. Coro de pajes que salen por la derecha

MÚSICA

CORO. ¡Compañeros, venid!
¡Compañeros, llegad!
¿Qué ha ocurrido? Decid
¿Qué sucede? Contad.
Lo que pasa no sé.
Yo no sé qué ocurrió.
Pero el más torpe ve
que algo grave pasó.
¡Compañeros, venid!
¡Compañeros, llegad!
¿Qué ha ocurrido? Decid.
¿Qué sucede? Contad.
4 PAJES. El rey no está en Palacio
seis días há;
no sé por qué su ausencia
se ocultará.
Afirma el intendente,
sin aprensión;
que está el rey descansando
de su excursión.
Y a todos nos parece
muy singular
que lleve tantos días
de descansar.
Lo cierto es que al monarca
no se le ve
y que no sabe nadie
adónde fué.
Se dice que el amor
es causa principal
de que no esté el señor

en el palacio real.

Mas esto es un error,
pues fuera en caso tal
sin el gobernador
y sin el general.

CORO. Se dice que el amor, etc.

4 PAJES. Hoy, y momentos antes
de amanecer,
los que madrugan mucho
pudieron ver,
muy misteriosamente,
llegar aquí
tres hombres conduciendo
a un perro así.
(Marcando el tamaño.)

Los tales hombres eran
un labrador,
el general y el noble
gobernador.

En un cuarto metieron
al perro aquel
y el «protomedicato»
está con él.

¿A qué tanto doctor
para ese irracional?
¿Qué indica ese temor?
¿Por qué misterio tal?
y es raro, si señor,
que venga ese animal
con el gobernador
y con el general.

CORO ¿A qué tanto doctor? etc.

HABLADO

PAJE 2.º—La verdad es que la ausencia del rey no tiene explicación.

PAJE 3.º—Ni la llegada misteriosa del gobernador y del general.

PAJE 4.º—Ni lo del perro. Haber llamado a tantos doctores para que lo observen.

PAJE 2.º—Eso es lo más raro de todo.

PAJE 3.º—Ahí sale el paje de cámara. Este debe de estar enterado. Ven acá, compañero. ¿Qué pasa?

PAJE 2.º—¿Qué ocurre?

PAJE 4.º—¿Qué hay?

PAJE 5.º—¿Qué sucede?

PAJE 1.º—(Lleva un lazo de raso blanco en el hombro izquierdo.) Es inútil que me preguntéis. Me han encargado mucha reserva y voy ahora a cumplir una misión de la mayor importancia.

PAJE 2.º—¿Sí?

PAJE 3.º—¿Adónde?

PAJE 4.º—¿Con quién?

PAJE 1.º—Me está prohibido hablar una sola palabra. Y dejadme, que van a salir los consejeros.

PAJE 5.º—Ahí vienen.

PAJE 2.º—Retirémonos. Nos hemos quedado con la misma curiosidad que teníamos. (Vanse todos por distintos lados del jardín.)

Intendente, Gobernador y Almirante por la derecha

GOB.—No tengais cuidado. Están dadas todas las órdenes para que el rey entre en Palacio sin que nadie se entere. Ya nos avisarán oportunamente para que le esperemos en su cámara.

INT.—¿Pero tardará mucho en llegar?

GOB.—Sin duda. Como que viene a paso de carreta.

ALM.—Pues no puede venir más despacio.

GOB.—Lo que hay que procurar es que la corte no sospeche nada de lo sucedido. Sobre todo lo de la mordedura.

INT.—Quiera Dios que no tenga consecuencias funestas.

ALM.—Pero, ¿y el general, en donde se ha metido?

GOB.—Apenas llegamos a Palacio se retiró a sus habitaciones, mandando antes llamar al peluquero de cámara... ¡Ah! ¡Mirad! ¡Allí viene! ¡Con bigote!

Dichos y el general, por la derecha

GEN.—Compañeros, muy buenos días.

LOS TRES.—Felices, general. (Riéndose.)

GEN.—¿Que es eso? ¿Os reís? ¿No parece natural? ¿No es lo mismo que el que tenía?

INT.—Es idéntico.

GOB.—Está muy bien hecho.

ALM.—Y muy bien pegado.

GEN.—¡Eso, sí! ¡Me escuece el labio de una manera horrible! Pero es necesario sufrirlo. Un militar completamente afeitado no tiene autoridad ni carácter.

ALM.—Es cierto.

GEN.—Creedme. Todas mis conquistas las he alcanzado por este bigote; es decir, por este, no; por el otro.

LOS TRES.—(En tono burlón.) ¿Vuestras conquistas?

GEN.—Me refiero a las amorosas.

LOS TRES.—¡Ah!

GEN.—Pero hablemos de algo más importante. ¿Qué han dicho los doctores?

GOB.—Siguen en consulta.

GEN.—¿Pero se ha averiguado si el animal presenta algún síntoma alarmante?

GOB.—Lo ignoramos.

INT.—No se sabe nada.

ALM.—¡Cerrazón completa!

INT.—¡Dichoso viaje!

GEN.—¡No lo sabéis bien! Pero, en fin, tal vez haya sido conveniente. No creo que el rey, después de lo que le ha ocurrido, quiera seguir en busca de aventuras!

ALM.—No es malo que haya visto las orejas al lobo.

GEN.—Al lobo no, pero al perro, de seguro se las ha visto.

INT.—¿Y creéis que el estado del monarca le permita recibir hoy a los embajadores extraordinarios?

GEN.—Creo que sí, aunque me figuro que no traerá humor de que le vayamos con «embajadas».

INT.—Sin embargo, esa recepción no puede dilatarse y además es muy conve-

niente... A ver si es de su gusto alguna de las princesas que vienen a proponerle para esposa y se casa y sienta de una vez la cabeza.

GOB.—Sí. Pero no nos precipitemos. La boda no podrá verificarse mientras se dude si el perro está o no hidrófobo, porque figurémonos que el rey se casa y raba después de casado!

GEN.—¡No será el primer caso!

ALM.—(Tiene razón. ¡A mi me ha sucedido!) (Al intendente.)

INT.—(¡Y a mí!) (Al almirante.)

GEN.—Señores, no conviene que la gente nos vea juntos tanto tiempo. Hasta luego y esperemos separados a que nos avisen la llegada del rey.

ALM.—¡Levemos anclas!

GOB.—No me tranquilizo hasta que sepamos algo seguro de ese maldito perro. (Al general.)

GEN.—(Yo sí que tengo aquí un perro de presa con este bigote. (Vanse gobernador y general del brazo por la derecha.)

ALM. El caso es muy alarmante!

INT. ¡No ha tenido precedente!

ALM. ¡Esperemos y adelante!

INT. ¡Dios nos proteja, almirante!

ALM. ¡Dios sobre todo, intendente!

(Vanse del brazo por la izquierda.)

Rosa y María, por la derecha

MARIA.—Anda, mujer, anda, no tengas miedo.

ROSA.—Pero si es que...

MARIA.—¿Te asusta el entrar en palacio?

ROSA.—Naturalmente. Como que no he venido nunca a la corte.

MARIA.—Yo tampoco; pero no importa. Después de haber tenido nada menos que al rey en mi casa, no hay nada que me asuste.

ROSA.—Pero, ¿y si nos echan?

MARIA.—No seas tonta. Yo vengo a buscar a mi marido; y, además, ya sabes lo que me aconsejó tu novio, cuando me quejé de que el rey se hubiera marchado sin dejarme una mala propina: «Id a palacio inmediatamente—me dijo—y procurad ver al rey, que no se negará a recibirnos sabiendo quién sois, y ya os conveneceréis de que no tiene nada de tacaño.»

ROSA.—Pero, ¿tendréis valor de presentaros al rey?

MARIA.—¡Ya lo creo! En cuanto llegue. ¡Si es muy llano y muy notable! Yo, anoche, le besé la mano una porción de veces; y debe estarnos agradecido porque, al fin y al cabo, mi marido fué quien le curó.

ROSA.—Eso sí.

MARIA.—Pero Juan es tan simple que, de seguro, aunque le vea, no se atreve a pedirle nada. Y hay que aprovechar la ocasión, como dice tu novio: que no todos los días se encuentra uno con el rey de manos a boca. ¡Ay, allí viene!

ROSA.—¿Quién? ¿El rey?

MARIA.—No. Mi marido.

ROSA.—¡Ah!

MARIA.—¡Juan!... ¡Juan!...

Dichas y Juan, por la izquierda.

JUAN.—¡María! ¿Tú aquí? ¿A qué has venido?

MARIA.—Pues he venido con esta chica y su novio, que se han ofrecido a acompañarme.

JUAN.—¡Eso es! ¿Y te dejas abandoná la faena de la siega?

MARIA.—¡Cállate, inorante! El trigo de allá ya lo recogeremos. Lo que hay que coger ahora es el trigo de aquí.

JUAN.—No te entiendo.

MARIA.—¡Si serás zoquete!... Vamos a ver, ¿dónde está el perro?

JUAN.—Pues allá dentro con los médicos, que le están mirando y remirando como si fuera mesmamente una persona enferma.

MARÍA.—Bueno, ¿y qué te han dao?

JUAN.—¿Quién, los doctores? Nada.

MARÍA.—No, hombre; pregunto qué te han dao en Palacio.

JUAN.—Pues me han dao... chocolate.

MARÍA.—¡Digo por el favor de haber traído el perro!

JUAN.—¡Ah! ¡Pues por eso no me han dao ná!

MARÍA.—¿Lo ves? (A Rosa.) Si este es tonto de capirote. Si le dejo a él solo, no sabe sacar tajá de la mordedura.

JUAN.—Mujer, la tajá ya la ha sacao el perro.

MARÍA.—Pues nosotros hemos de sacarla mayor. He de seguir en tóo los consejos del novio de ésta, que parece un muchacho muy listo.

JUAN.—¿Y dónde está?

MARÍA.—Pues se ha quedao esperándonos en una posá a la entrá de la ciudá. No ha querido venir con nosotras, y espera allí a que vayamos a decirle el resultao.

JUAN.—Ahí salen los doctores.

MARÍA.—¿Sí? Pues hasta que venga el rey, vamos a hacer tiempo paseando por estos jardines... ¡Cuándo nos veremos en otra!... ¡Anda, muchacha! (Vanse.)

MÚSICA

(Coplas de los doctores, que salen acompasadamente y muy preocupados. Llevan todos bastón alto y usan gafas.)

Juzgando por los síntomas
que tiene el animal,
bien puede estar hidrófobo,
bien no lo puede estar.
Y afirma el gran Hipócrates
que el perro en caso tal,
suele ladrar muchísimo...

o suele no ladrar.
Con la lengua fuera,
torva la mirada,
húmedo el hocico,
débiles las patas,
muy caído el rabo,
las orejas gachas...
Todos estos signos
pruebas son de rabia;
pero al mismo tiempo
bien puede probar
que el perro está cansado
de tanto andar.

Doctores sapientísimos,
que yo he estudiado bien,

son, en sus obras clínicas
de nuestro parecer:
«Fermentus virum rubicum
que in corpus canis est,
mortalis son per accidens
mortalis sont per se».

Para hacer la prueba
que es más necesaria,
agua le pusimos
en una jofaina,
y él se fué gruñendo
sin probar el agua...
Todos estos signos
pruebas son de rabia;
pero al mismo tiempo
signos son, tal vez,
de que el animalito
no tiene sed.

Y de esta opinión nadie
nos sacará.

¡El perro está rabioso!...
¡O no lo está! (Vanse.)

MUTACION

CUADRO SEXTO

Antecámara de palacio. Telón corto.—Puertas laterales.—Al foro derecha una ventana y a izquierda puerta secreta. Rey, luego Paje primero. Aparece [el rey por la puerta secreta

REV.—¡Gracias a Dios! Nadie me ha visto entrar. ¿Quién habrá por aquí? (Acercándose a la puerta derecha.) ¡Ah! ¡Germán! (Llamando.) ¡Germán!

PAJE 1.º.—¡Señor! ¿Vos aquí ya y en ese traje?

REV.—Comprendo tu sorpresa.

PAJE 1.º.—El general me había dicho que vendrís vestido de soldado y en una carreta, por lo cual estaban tomadas todas las precauciones para que nadie os viese llegar.

REV.—¿De modo que la carreta no ha llegado aún?

PAJE 1.º.—Pero, ¿no habéis venido en ella?

REV.—No; el que viene es otro.

PAJE 1.º—¿Otro?

REV.—Otro a quien han tomado por mí.

PAJE 2.º—Perdonad, señor, pero no lo entiendo

REV.—Eso mismo le sucede al general y a sus compañeros, y es necesario que continúen en ese error. Tú me respondes de ello.

PAJE 1.º—Descuidad.

REV.—Para eso, en cuanto llegue ese soldado le conduces aquí por esa escalera secreta, sin que lo vea nadie.

PAJE 1.º—Esa es precisamente la orden que he dado a Hortensio, cumpliendo las instrucciones del general.

REV.—Perfectamente.—Espera.—(Acercándose a la ventana.) Ven acá.—Mira. ¿Ves aquella joven que está en el jardín con aquéllos campesinos?

PAJE 1.º—Sí, señor.

REV.—Pues baja ahora mismo y dile únicamente estas palabras: «De orden del rey, venid conmigo.» Y la traes aquí.

PAJE 1.º—¿Aquí?

REV.—Aquí mismo. Que ella espere, y entras tú en mi cámara a avisarme.

PAJE 1.º—¿Deseais algo más?

REV.—Nada; ve y que suba pronto esa muchacha, ¡pronto!

PAJE 1.º—(Por lo visto le corre prisa. ¿Qué será todo esto?) (Vase.)

MÚSICA

REV ¡Intranquilo estoy!

¡Pronto la veré!

Va a saber quien soy

y que la engañé.

Ella, infeliz enamorada,

creyéndome un pastor,

en mis promesas confiada

me dió todo su amor. [gue

Y hoy, cuando al fin a verme lle-
Paje 1.º y Rosa

HABLADO

PAJE 1.º—Pasad sin temor, hermosa niña.

ROSA.—Pero ¿estáis seguro de que soy yo la persona a quien el rey os ha mandado llamar?

PAJE 1.º—Completamente seguro—. Vos sois y no la vieja con quien estábais a pesar del empeño que tenía de que era ella a quien el rey llamaba.

ROSA.—Tenía razón para decirlo, porque a mí el rey no me conoce y a ella sí. Como que es la dueña de la carreta en que le han traído!

PAJE 1.º—¡Ah! ¿También vos estáis enterada de eso de la carreta?

ROSA.—Claro que sí; pero creíamos que no había llegado todavía.

PAJE 1.º—(Pues, señor, cada vez entiendo menos todo lo que sucede.)
Aguardad aquí hasta que el rey os llame—. Voy a decirle que estáis esperando.

ROSA—Pero yo aquí... sola.

PAJE 1.º—No tengáis cuidado. Estad completamente tranquila. (Vase.)

Rosa sola

ROSA.—¡Ay, Dios mío! Me parece que estoy soñando. Yo en presencia del rey!... ¿Para qué me llamará? Voy a morir de miedo—. Sin embargo, esa buena mujer me ha dicho que el rey es muy tratable y muy bondadoso... Y yo debía aprovechar esta ocasión... ¿Por qué no? ¡Animo y a ello! En cuanto le vea me arrodillo ante él y le digo: «¡Señor! Mi novio es un pobre muchacho: muy bueno, como que es mi novio! y sólo por mí ha faltado a los deberes de soldado y anda lisraizado y fugitivo hasta que le concedáis vuestro perdón. ¡Gracia para él, señor! ¡Otorgadle vuestra gracia!» Y él se la otorga, y yo le doy las gracias y se acabó. Sí. Eso es lo que debo hacer y lo hago... ¡Ay! (Al sentir abrirse a su espalda a puerta secreta que oculta a Rosa de los que entran.)

CAP.—(Sosteniendo la puerta y después de entrar para que pase Jeremías.) Pasad, señor. Mi misión está cumplida. Ya quedáis en Palacio.

JER.—(Asombrado.) ¿En Palacio? ¡Yo en Palacio! (Al volverse, mirando siempre con estupor, se encuentra con Rosa.) ¡Tú!

CAP.—(Una aldeana.)

ROSA.—(¡Mi primo!

JER.—¡Prima!

CAP.—(¡Su prima! Debe ser alguna princesa disfrazada.) ¡Señor! Si deseáis que me retire...

JER.—Haced lo que queráis.

CAP.—Pues con vuestra venia... (Con exagerada cortesía.) ¡Señor!... ¡Señora!... (Esta misión debe valerme lo menos un ascenso.) (Desde la puerta derecha.) ¡Señor!... ¡Señor!... (Vase.)

Rosa y Jeremías

ROSA.—¡Jeremías!

JER.—¡Apártate! ¡No me hables! Tú tienes la culpa de todo lo que me sucede.

ROSA.—Pero, ¿qué te sucede?

JER.—No lo sé, unas cosas muy raras. A mí me hacen muchas cortesías, muchas reverencias, me dicen: señor por aquí, señor por allá, pero no me llega la camisa al cuerpo.

ROSA.—¿Y por qué te han traído aquí desde el cuartel?

JER.—Si yo no vengo del cuartel. De allí me escapé ayer persiguiéndote, ¡ingrata!, cuando huíste con aquel... recluta que te ha sorbido el seso.

ROSA.—¿Y cómo te encuentras en palacio?

JER.—Porque me han traído. Anoche me descubrieron en una granja donde me había ocultado huyendo de las tropas que me perseguían, y cuando creí que iban a pegarme una paliza por haber desertado, ese capitán que acaba de marcharse arrodillóse ante mí con el mayor respeto, y me rogó que entrase en una carreta, donde me han traído hasta aquí.

ROSA.—¡En una carreta! Pero, ¿eres tú el que ha venido en una carreta?

JER.—Sí, yo soy. Es decir, no sé si soy yo, porque yo ya no sé ni quien soy.

ROSA.—¿Entonces eres tú a quien ha mordido un perro?

JER.—¡Sí! ¡Ese soy yo! ¡De eso estoy bien seguro! (Llevándose la mano a la parte mordida.)

ROSA.—¡Ay, Dios mío de mi alma!

JER.—No, no te asustes; la herida no es cosa de cuidado.

ROSA.—Si no es por eso por lo que me alarmo.

JER.—¿Pues por qué es?

ROSA.—Porque te han traído a palacio confundiendo nada menos que con el rey.

JER.—¿Con el rey?

ROSA.—Lo que estás oyendo.

JER.—¡Yo bien decía que me tomaban por algo gordo! Ahora me explico el respeto con que me han tratado.

ROSA.—¡Figúrate tú!

JER.—Esta madrugada hicieron detener la carreta delante de un mesón, y el capitán que me escoltaba, y que hasta entonces me había dejado dormir tranquilamente, metió la cabeza por entre las cortinas del toldo y me preguntó con humildad: «Señor, ¿deseáis desayunaros?» Y «el señor», que tenía un hambre de mil demonios, dijo: «Sí, tomaré lo que me traigan.» Y me dieron unas magras con tomate riquísimas. Por lo visto los reyes se desayunan con magras.

ROSA.—¡Pobre Jeremías! ¡En buen laberinto te has metido!

JER.—Yo no; han sido ellos. Yo no he dicho esta boca es mía más que para comer.

ROSA.—Sí; pero cuando descubran quién eres, ¿qué va a ser de tí?

JER.—Me pegan una paliza. Esa ya me la tengo yo tragada. (Con energía.) ¡Y a tendrás la culpa! ¡Tú, ingrata, desleal, que eres la causa de mi perdición!

ROSA.—No temas; el rey, el verdadero rey, na mandado llamarme.

JER.—¿A tí?

ROSA.—A mí. Aquí le estoy esperando por orden de un paje.

JER.—¿Y para qué te llama?

ROSA.—No lo sé; pero en cuanto le vea, con el perdón de mi novio pediré el tuyo.

JER.—¡No me hables de tu novio! ¡A ti soy capaz... hasta de perdonarte: pero a él, en cuanto le vea lo reviento! ¡Vaya si lo reviento!

PAJE 1.º—(Desde la puerta de la izquierda.) ¡El rey!

ROSA Y JER.—¡El rey!

ROSA.—¡Ay, Dios mío de mi alma!

JER.—¡A mí me va a dar algo!

ROSA.—¡Arrodíllate! ¡Arrodillémonos! (Se arrodillan, inclinando la vista al suelo, Aparece el rey con el traje de gran ceremonia.) ¡Señor!

JER.—¡Señor! (Arrodillado.)

REV.—¡Levantaos!

ROSA.—(Viéndole.) ¡Eh! ¡Eh! ¡Dios mío!

JER.—¡Virgen santa! ¡El pastor! (El paje vase por la derecha.)

MÚSICA

REV. ¡Mi amor, mi bien, mi dueño!

ROSA. ¡Qué desgraciada soy!

JER. (Por fuerza esto es un sueño.

Yo atolondrado estoy.)

REV. ¡No, temas, Rosa mía!

ROSA. Dejadme, ¡ay, Dios mío!, mar-

JER. (El rey! ¡Y yo decía [char que le iba a reventar!)

ROSA. Alegre y confiada en vuestro amor creí.

REV. El mismo, Rosa amada, soy siempre para ti.

Soy siempre tu pastor.

ROSA. ¡Dejadme!

REV. ¡No te irás!

ROSA. Ya no debéis, señor, pensar en mí jamás.

REV. ¡Yo soy tu amante fiel!

ROSA. ¿Por qué engañarme así?

JER. (¡Bonito es el papel que estoy haciendo aquí!)

ROSA. ¡Ay de mí!

¡Ay de mí!

REV. No llores, vida mía; no quiero verte así.

JER. (¡Ay de mí!

¡Ay de mí!

¡A ver si hay quien se atreva con un rival así!)

ROSA. Yo del sencillo pastor amante hubiera sido la humilde esclava; en él ponía mi fe constante, en él tan solo mi bien cifraba.

Mas ya muy lejos del bien per-

dejadme a solas con mi dolor, a ver si logro dar al olvido

las ilusiones de un loco amor.

REV. Soy tu sencillo pastor amante

y en ti no busco la humilde es-

[clava;

mi amor te ofrezco, firme y cons-

[tante,

que hallé en tu pecho lo que an-

[helaba.

En vano quieres que dé al olvido

tantas promesas de dulce amor,

por ti a tus plantas caeré rendido

que soy tu esclavo, no tu señor.

ROSA. ¡Por Dios, dejadme!

REV. No marches de aquí.

Que escuche yo de nuevo

tu amante sí.

JER. (¡Mujer, no seas terca (A Rosa.)

no digas que no;

porque si se incomoda

lo pago yo!)

REV. Honores y riquezas

me prodigó la suerte,

y todo cuanto es mío

amante he de ofrecerte.

Y en vez de la cabaña

del mísero pastor,

el trono y la corona

te ofrezco con mi amor.

ROSA Ni honores ni riquezas

me prodigó la suerte;

cariño solo anhelo

cariño hasta la muerte;

que en la cabaña humilde

del mísero pastor

dichosa hubiera sido

feliz con vuestro amor.

REV. ¡Tú de mi lado no te irás!

¡Siempre en mi pecho reinarás:

ROSA ¡Ay, mi pastor! ¿En dónde estás?

¡No te veré, jamás, jamás!

JER. Y yo callado aquí detrás.

¡Pobre de mí! ¡No puedo más!

PAJE 1.º—¡Señor!

REV.—¿Qué hay?

PAJE 1.º—Los Consejeros piden vuestra venia para pasar a saludaros.

REV.—Espera un momento. ¿No sospecharán nada?

PAJE 1.º—Nada absolutamente.

REV.—¿Y el perro? ¿Qué han hecho de él?

PAJE 1.º—Los doctores le tienen en observación. Pero, ¿es cierto que os ha mordido, señor?

REV.—¿A mí? ¡Quiá! A quien mordió fué a este.

PAJE 1.º—¡Ah! Entonces me tranquilizo.

JER.—¿Pues?

PAJE 1.º—Porque se teme que el animal esté rabioso.

JER.—¡Caracoles! (Dando, asustado, un salto, que convierte en cortesía.)

REV.—(Riendo.) No temas, hombre. (Al paje.) Que pasen los Consejeros y me esperen aquí. Vosotros, venid conmigo,

ROSA.—Señor...

REV.—¡Yo os lo mando!

JER.—(¡La noticia del perrito es para tranquilizar a cualquiera!) (Vanse por la izquierda rey, que lleva de la mano a Rosa y detrás Jeremías.)

PAJE 1.º—(Desde la puerta de la derecha.) Podéis pasar, señores. (Vase.)

General, Intendente, Gobernador, Almirante y Capitán

GEN.—¡Adelante, capitán, adelante!

CAP.—Yo estoy siempre a vuestras órdenes, mi general.

GEN.—De ninguna manera debéis marchar sin despediros antes del rey. Nosotros procuraremos que premie de algún modo el importantísimo servicio que acabais de prestar al país, al Gobierno y a las instituciones.

CAP.—Muchas gracias. (Pues señor, juraría que el general ayer no tenía bigotes)

GEN.—Compañeros, es necesaria mucha prudencia. Que el rey no sospeche nuestros temores acerca de las consecuencias que puede tener la mordedura.

GOB.—¡Naturalmente!

INT.—Desde luego.

GEN.—(Al capitán.) ¿Decís que el viaje lo ha hecho sin novedad?

CAP.—Muy bien. Ha venido durmiendo toda la noche y al amanecer se desayunó con un buen plato de jamón con tomate.

ALM.—¡Qué barbaridad!

INT.—¡Vaya un desayuno!

GEN.—No ¡lo extrañéis. Desde que salimos de palacio le dió por las comidas estrafalarias. ¡Aún recuerdo unas judías... horribles!

GOB.—¿Y el rey os ha indicado si sabía que nosotros estuvimos anoche en la granja?

DAP.—No ha hablado conmigo más que cuando se le sirvió el desayuno.

GEN.—¿Y qué dijo? (Con interés.)

GOB. Y ALM.—¿Qué dijo? (Idem.)

CAP.—Pues no dijo más que esto; «¡Buenas magras! ¡Buenas magras!»

GOB.—¿Lo oís? Le entusiasman las comidas populares.

CAP.—Era lo único que podía ofrecérsele en aquel miserable mesón. Yo hubiera deseado...

GEN.—Podéis estar satisfecho, capitán.

INT.—Habéis cumplido vuestra misión de una manera digna y yo os felicito por ello.

ALM.—Merecéis nuestros plácemes.

GEN.—Recibid mi enhorabuena.

CAP.—Gracias, muchas gracias. (Ascenso segundo.)

Dichos, Paje 1.º luego el Rey

PAJE 1.º—¡Señores, el rey.

TODOS.—¡Señor! (Inclinándose respetuosamente.)

REY.—Salud, mis queridos consejeros.

CAP.—(Viendo al rey.) (¿Eh? ¿Quién es éste?) (Al gobernador.)

GOB.—(Al capitán.) (¡El rey!) (Vase el paje.)

CAP.—(¿El rey?)

GOB.—(Como le habéis visto disfrazado comprendo que no le conocáis.) (Al capitán.)

CAP.—(¡Quiá! ¡Si no era éste!) (Aparte para sí.)

REY.—(Aparte al general.) (General, te felicito por el renacimiento.

GEN.—¿Qué renacimiento, señor?

REY.—El de tu bigote.

GEN.—(Sonriente.) Lo he considerado preciso. Y decidme, señor: ¿Cómo os **os** **ca-** **tráis** de salud?

REY.—Perfectamente. Me siento muy bien.

GEN.—(Aparte a los consejeros.) (Se sienta bien.)

GOB.—(Aparte al almirante.) (Eso prueba que la mordedura no ha sido grave.)

CAP.—(Pero, señor, si éste es el rey, ¿a quién he traído yo en la carreta?

GEN.—Señor, aquí tenéis al capitán que os ha escoltado.

CAP.—(¡Dios mío de mi alma!)

GEN.—No ha querido volverse al cuartel sin que le déis permiso para retirarse.

CAP.—(¡Del servicio sí que me van a retirar.)

REY.—Acércate, capitán, acércate.

CAP.—(¡María Santísima!) (Acercándose tímidamente.)

GEN.—Acercáos. (Empujándole hacia el rey.)

CAP.—Señor... yo... (Aturdido.)

REY.—(Aparte al capitán.) (¡Cállate, coronel!)

DAP.—(¡Coronel!)

REY.—Yo te agradezco lo cómodamente que me has traído en la carreta.

CAP.—Yo... señor...

REY.—(¡Que te calles!) (Pasándose al lado de los consejeros.) Porque no sé si sabéis...

GEN.—El capitán nos lo ha referido, así como también el lamentable percance de que fuisteis víctima.

REY.—¿Cuál?

GEN.—Lo de... lo del perro.

GOB.—Eso es! Lo del perro.

REY.—¡Ah, sí! ¡No me lo recordéis.

GEN.—¿Por qué, señor?

REY.—Porque desde anoche me tiene eso muy preocupado y, cuando pienso en ello, siento así unas cosas...

GOB.—(¡Siente unas cosas!) (Aparte al almirante.)

ALM.—(¿Qué será lo que siente?) (Aparte al gobernador.)

GEN.—Señor, estad tranquilo. Todo eso no tiene importancia.

GOB.—Ninguna.

ALM.—Absolutamente ninguna.

REY.—No obstante figuraos que el perro estuviera rabioso.

GOB.—Ni lo penséis siquiera.

GEN.—Y aunque lo estuviese. Los monarcas son inviolables. Un rey no puede rabiar.

INT.—Claro que no.

ALM.—Eso es imposible.

REY.—Sin embargo, ya ha habido un caso.

GEN.—¿Cuál, señor?

REY.—El rey que rabió.

GEN.—¡Ah! Pero eso fué en época muy remota. En estos tiempos, los únicos que rabian son los súbditos.

REV.—¿Cómo?

GEN.—En otros países. En el nuestro, afortunadamente, no había nadie.

CAP.—¡Nada! ¡Que este rey no es el que yo he traído!

GEN.—Si para vuestra tranquilidad deseais que los doctores os reconozcan la mordedura...

REV.—¡No! ¡Eso de ningún modo! Prefiero que no hablemos de ello.

GOB.—Tenéis razón, señor. Procurad distraerós y pensar en cosas agradables.

ALM.—Hoy precisamente las ideas amorosas deben llenar por completo vuestra imaginación.

REV.—¿Hoy, por qué?

INT.—Recordad que hoy es el día señalado para recibir a los embajadores que vienen a presentaros los retratos de las princesas extranjeras, entre las cuales debéis elegir esposa.

REV.—Es verdad, ya no me acordaba. (Pasando al lado del capitán y con profundo disgusto.)

GEN.—¡Señor! La seguridad de las instituciones lo exige. Es necesario que elijais una compañera para el trono. Vuestra fuga del cuartel—que por cierto me hizo muchísima gracia—debe ser vuestra última aventura de soltero.

REV.—Lo será, general, yo te lo juro.

GEN.—Comprendo bien que huyérais con aquella muchacha, porque era preciosa.

REV.—¿Verdad que sí?

GEN.—¡Preciosa! (A los consejeros.) Un cuerpo y una cara... y unos ojos... y un... Pero, no quiero traer a vuestra memoria recuerdos que deben borrarse para siempre; porque supongo que no pensareis más en ella.

REV.—¡Claro que no!

GEN.—¡Muy bien hecho! ¡Pobrecita! ¿Se habrá vuelto a su pueblo?

REV.—¡Sí! Allí debe estar ya.

GEN.—¡Esperando a su enamorado recluta! (Riéndose.)

REV.—¡Figúrate tú!

GEN.—¡Qué chasco va a llevarse la infeliz!

REV.—¡Sí, buen chasco va a ser, bueno!

GEN.—¿Si ella supiera que su amante pastorcillo había sido nada menos que el rey?

REV.—¡Qué sorpresa la suya! ¿Verdad, general?

GEN.—¡Vale más que lo ignore, señor!

REV.—¡Sí, que lo ignore! ¡Ciertas cosas vale más ignorarlas!

PAJE 1.º.—¡Señor!

REV.—¿Qué hay?

PAJE 1.º.—Los enviados extranjeros esperan vuestras órdenes para hacer su presentación.

REV.—¡Ah! ¡Sí! ¡Qué rabia me da!...

GEN.—¡Eh! (Alarmado.)

GOB.—¡Cómo! (Idem.)

ALM.—¡Qué! (Idem.)

REV.—Que me fastidian estas ceremonias oficiales.

TODOS.—(Tranquilizándose.) ¡Ah!

REV.—(A los consejeros.) Pasad al salón de embajadores. Yo voy un momento a mi cámara. (Aparte al capitán.) ¡Ni una palabra, coronel.) (Vase por la izquierda.)

CAP.—(El ascenso lo he pescado, pero no me explicó lo que sucede aquí.)

GEN.—¡Andando, señores!

GOB.—¡Andando! (Vanse por la derecha.)

CAP.—(Que se defiene un instante más preocupado que nunca.) ¡Pero, Dios mío! ¿A quién habrá traído yo en la carreta? (Vase.)

CUADRO SÉPTIMO

Salón del trono. Al hacerse la mutación la escena está sola. Aparecen los cortesanos (señoras y caballeros) que ocupan sus puestos. Luego los alabarderos, que se sitúan, cuatro a los lados del trono, dos en la escalinata del foro y otros dos a los lados de la puerta, primera izquierda. Luego el Rey seguido de los cuatro consejeros. El Rey ocupa el trono,

MÚSICA

- CORO.** Dios ilumine al soberano
para la elección
de la que al fin ha de ser dueña
de su corazón.
De las princesas los retratos
hoy el rey verá;
quién ha de ser la preferida
pronto se sabrá.
¿Cuál de ella será?
Presto se verá.
- INT.** (Que ha subido al foro.)
Las embajadas piden
permiso para entrar.
- REY.** Decídes en mi nombre
que pueden pasar.
(Aparecen por el foro cuatro embajadores escoceses con un pajequito, que lleva en una bandeja de plata un medallón con retrato.)
- Esc.** Del país de las brumas y lagos
de Escocia la bella,
venimos, señor,
a mostrarte la imagen hermosa
de ilustre princesa
que aspira a tu amor.
Compartir ese trono desea
trayendo a tu lado
ventura sin par,
y allá lejos aguarda anhelosa
tu mano, que amante
la lleve al altar,
Cumplida ya
nuestra misión,
el rey dirá
su decisión.
- (El pajequito entrega el retrato al general y este al rey.)
- CORO.** Cumplida ya
vuestra misión,
el rey dirá
la decisión.
- REY.** (Mirando el retrato.)
¡Princesa seductora!
¡Belleza singular!
Por sus muchos encantos, un
[trono
merece ocupar.
(En voz muy baja.)
¡No day duda!
¡No hay duda!
- ¡Esta va triunfar!
(Aparecen en el foro los cuatro embajadores italianos y el pajequito.)
- ITAL.** De nuestra bella Italia,
de aquel hermoso suelo
donde es azul el cielo,
donde es tranquilo el mar,
venimos a ofrecerte
la imagen peregrina
de aquella que su suerte
contigo ha de enlazar.
Contempla su hermosura;
de un alma ardiente y pura
trasunto fiel te muestra
su rostro seductor,
y tiene en su mirada,
febril y apasionada,
del Etna y del Vesubio
el fuego abrasador.
Nuestra misión
cumplida está.
Su decisión
el rey dirá.
- CORO.** Vuestra misión
cumplida está.
Su decisión
el rey dirá.
- REY.** (Viendo el retrato.)
¡Princesa seductora!
¡Belleza singular!
por sus muchos encantos un trono
merece ocupar.
- CORO.** No hay duda,
no hay duda,
esta va a triunfar.
(Aparecen cuatro embajadores rusos con su pajequito y el correspondiente retrato.)
- RUSOS.** De nuestro Czar
cumplimos el mandato,
y aquí, señor,
traemos el retrato
de la que aspira al alto honor
de ser la dueña de tu amor.
Es su beldad
encanto de la corte;
y no hay mujer
igual en todo el Norte,
y con su enlace habrás de hallar
la protección de nuestro Czar.

Aquella de quien ves
la imagen fiel aquí,
de estirpe regia es,
merece unirse a tí.
Condesa de Stenaf,
marquesa de Ruskof;
duquesa de Sircaf,
princesa de Inkerchhof.

TODOS MENOS EL REY

Condesa de Stenaf
marquesa de Ruskof,
duquesa de Sircaf,
princesa de Inkerchhof.

(El rey baja del trono.)

HABLADO

REY Haciéndome grande honor,
su mano, amantes, me ofrecen
tres princesas que merecen
por su hermosura mi amor.
Mas no toméis a desvío
que no prefiera a ninguna;
por desgracia, o por fortuna,
mi corazón ya no es mío,
Rendido a amante pasión,
más hombre que soberano,
yo, solo he de dar mi mano
a quien di mi corazón.
No por noble la escogí,
sino por humilde y bella;
y no desciendo hasta ella,
es que ella sube hasta mí.

GEN. (¿Qué dice?) (A los consejeros que
han oído, asombrados, lo que ha dicho el rey.)

REY (Al paje 1.º que estará en el primer
término derecha.)

Que pasen.

(Descorre el paje 1.º el tapiz de la primera
puerta derecha y aparecen Rosa con un lujo-
so traje de corte y Jeremias de oficial de
ejército.)

GEN. (Asombrado.) (¡Rosa!)

ROSA ¡Señor!

JER. (¡Qué malo me siento!)

GEN. (¡Qué atrocidad!)

REY. (Cogiendo a Rosa de la mano y pre-
sentándola a la corte. Os presento
a la que ha de ser mi esposa.

(Desde este momento hasta el viva a la rei-
na, toda la escena se hace confidencial entre
el rey y los consejeros en primer término y
recatándose de la Corte lo posible.)

GEN. ¡Vos! ¡Un rey! ¡Es imposible!
GOB. ¡No habrá razones bastantes!...
REY Cierto que soy rey, pero antes
soy un hombre.

GEN. (¡Discutible!)

GOB. Sois un monarca y pensad...

REZ ¿Pues de que me sirve ser
monarca, si no he de hacer
ni en esto mi voluntad?

GOB. Ella no es noble... y su enlace...

REY. ¡Es ya condesa! ¡No cedo!

4 CON. ¡Condesa!

REY. Sabéis que puedo
hacer noble a quien me place.

GEN. Bien; pero hacer oficial
a ese hombre sin instrucción...
(Por Jeremias.)

REY Lo hice con igual razón
que te hice a tí general.

(Aparte a este.)

No insistais en oponeros
con razonamientos vanos.

Sobran aquí cortesanos
que quieran ser consejeros.

(Va al lado de Rosa.)

4 CON. (¡Dimitir!)

GOB. (No es ocasión.)

INT. (Eso no.)

ALM. (¡De ningún modo!)

GEN. (¡Lo aprobamos todo!... ¡Todo,
antes que hacer dimisión!)

REY. (A Rosa.) Mi palabra te cumplí,
y tú mi reina serás.

ROSA. ¡Que no me olvides jamás!

¡Sólo eso espero de tí!

(La hace pasar, llevándola de la mano, por
delante de los cortesanos, que la salu-
dan.)

JER. (¡Prima, tendré que olvidarte!
El perro que me mordió

no ha rabiao, pero yo
rabio de celos aparte.)

GEN. (A los consejeros.)

No hay más que tragar saliva,
y aguantarse y no chistar.

Un viva debemos dar.

¡Viva nuestra reina!

TODOS. ¡Viva!

MÚSICA

CORO ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!
(Himno del acto primero.)

No compre V. relojes, joyas o artículos de óptica sin antes ver precios y modelos en **J.a. Vasco - Castellana. - Fernando VI, 9.**

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11. - MADRID

¡Comerciantes! ¡Industriales! ¡Banqueros!

La seguridad, no solamente de vuestro dinero, sino de lo que a veces supone lo más importante de vuestro negocio, los libros, la encontrareis adquiriendo una caja refractaria de caudales en el
HOTEL DE VENTAS, ATOCHA, 34

LOS ANIMALES

En breve lanzaremos a la publicidad una interesantísima **colección infantil** dónde se describirán de manera detallada y amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se dividirá en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor**, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente a saber:

<i>León.</i>	<i>Lobo.</i>	<i>Ganguro.</i>
<i>Tigro.</i>	<i>Zebra.</i>	<i>Hipopotamo.</i>
<i>Rinoceronto.</i>	<i>Jirafa.</i>	<i>Foca.</i>
<i>Bisonte.</i>	<i>Avestruz.</i>	<i>Tortuga.</i>
<i>Hiena.</i>	<i>Mono.</i>	<i>Serpiente.</i>
<i>Elefante.</i>	<i>Cocodrilo.</i>	<i>Gato montés.</i>
<i>Oso.</i>	<i>Dromedario.</i>	<i>Perro.</i>
<i>Osiero.</i>	<i>Caballo.</i>	<i>Aguila.</i>

Precio del cuaderno: 20 céntimos

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

PÍDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. - MADRID

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA



FRINE

Revista Femenina Cultural

NÚMEROS ATRASADOS

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

DIRIGIRSE A LOS
CORRESPONSALES

Núm. 1.-Arte de no envejecer

Cultura de la belleza. Secretos para conservarla. Recetas de juventud y belleza. Concepción de la belleza, etc.

Núm. 2.-La mujer en el hogar

Relaciones familiares. El modo de conducirse con la familia. Conocimientos que le son necesarios. Encantos de cada una, etc.

Núm. 3.-La belleza de los ojos

Color. Forma. Expresión. Fórmulas para cuidarlos y hermostrarlos. Las cejas. Las pestañas. El cansancio y los remedios, etc.

Núm. 4.-Los perfumes

Importancia del perfume. Sus encantos, sus misterios y sus aplicaciones. Elección de perfumes. Lenguaje de los perfumes, etc.

Núm. 5.-Los matrimonios

Ceremonial que regula las relaciones entre novios. Las ceremonias. Canastilla. Fiestas y regalos. La petición de matrimonio, etc.

Núm. 6.-La moda según el tipo

La posición social y las condiciones de cada una. Elegancia y belleza. El chic y la fascinación. Cambios de moda, etc.

Núm. 7.-La belleza de las manos

Su encanto. Cuidados necesarios. Blancura. Suavidad. Las uñas. Modo de embellecerlas. Cuidados de las manos, etc.

Núm. 8.-La belleza de la boca

Los labios. Modo de cuidarlos y embellecerlos. Los dientes. Consejos y recetas. La pureza del aliento. Como se deben pintar, etc.

Núm. 9.-Los bailes

Invitaciones. Buffetes. Los bailes de figu-

ras. Reglas de sociedad que se observan en los bailes. Descripciones, etc.

Núm. 10.-Las joyas

Su significación. Su historia. Joyas célebres. Elección de joyas. Alhajas que se deben llevar. Las piedras preciosas, etc.

Núm. 11.-Las ropas

Su conservación. Lavado y planchado. Modo de limpiar y conservar telas y efectos. Recetas para la limpieza en seco, etc.

Núm. 12.-Modo de ordenar la casa

La casa-habitación. Condiciones de salubridad que han de tenerse en cuenta para su elección. Su orientación, etc.

Núm. 13.-Los peinados

Arte de elegir peinados. Cuidados que exige. Preparación de los cabellos. Consejo útil para el peinado. Los potizos, etc.

Núm. 14.-Educación de las jóvenes

Educación para el hogar. Las escuelas de menaje. Papel moralizador que están llamadas a ejercer, etc.

Núm. 15.-Las visitas

Sus leyes. Diversas clases de visitas. Saludos. Presentaciones. Maneras de saludar. Cuando debe darse la mano, etc.

Núm. 16.-La belleza del pie

Cuidados que necesita. La media y el calzado. Particularidades notables. Los baños de pies. Para combatir el frío en los pies, etc.

Núm. 17.-La belleza de la línea

Modo de modelar la estatua humana. Corregir defectos y desviaciones. Alcanzar la belleza de las formas y estatua, etc.